

DICIEMBRE 1969.

MONTHLY REVIEW

UNA REVISTA SOCIALISTA INDEPENDIENTE
SELECCIONES EN CASTELLANO

**CENTRALISMO
Y PARTIDO**

AÑO VI

69

A. DORNA


**TEMAS UTOPICOS EN
MARX Y MAO**

STANLEY MOORE

LENIN Y STALIN

HARRY BRAYMAN

NOTAS A LOS LECTORES

Tal vez ningún número de las Selecciones en Castellano de MR demuestre como éste en forma más evidente su carácter de una revista socialista independiente. Los lectores encontrarán como primer artículo de este ejemplar el **Centralismo y Partido** de Alejandro Dorna. No hay editorial del mes (Review of the Month) porque, como lo explicamos en el Nº 68, reproducimos simultáneamente las dos partes de **La empresa Multinacional**, que en la edición norteamericana ocupó dos editoriales.

El tema de **Centralismo y Partido** es algo que preocupa a muchos militantes de organizaciones revolucionarias. El artículo en cuestión representa un ataque a todas las formas de centralismo y por lo tanto un ataque a los métodos organizativos de los partidos revolucionarios. Si MR estuviera ligada a alguna organización partidaria lo más cómodo (y lo que más se usa en estos casos) es archivar el artículo y no preocuparse más de él. Pero MR es independiente y puede publicar artículos que no concuerden con ningún partido; en la práctica, como en este caso, publica artículos con los cuales no están seguramente de acuerdo ni los editores de la edición norteamericana, ni los de las Selecciones en Castellano. Lo importante es dar a la publicidad un grupo de ideas, sobre un tema que inquieta a muchos militantes revolucionarios, y dejar la puerta abierta para que otras personas, de acuerdo o no con el artículo, puedan expresar nuevas opiniones con absoluta libertad... Y eso sólo puede hacerlo una revista independiente.

Es claro que no faltarán quienes piensen que difundir ideas anti-centralistas (o anarquistas) va en contra de los intereses del socialismo y del marxismo. A ellos podemos contestarles que felizmente (muy felizmente) las ideas marxistas y socialistas no se encuentran comprometidas con ninguna forma en particular de organización partidaria. Por eso es que el marxismo sigue siendo la doctrina más poderosa de nuestra época, por encima de todos los excesos y errores que se han cometido en su nombre.

Y lo mismo que decimos del artículo sobre el centralismo podríamos agregar sobre los otros dos artículos que se incluyen en este número: el de Stanley Moore, sobre **Temas utópicos en Marx y Mao** y el de Harry Braverman, sobre **Lenin y Stalin**.

(Pasa a la contratapa siguiente)

una revista
socialista
independiente
dirigida por

Paul Sweezy, Harry Magdoff,
Leo Huberman (1903-1968)

Nº 69

Año VI

Diciembre 1969

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

INDICE

1. *Centralismo y partido*, por Alejandro Dorna 3
2. *Temas utópicos en Marx y Mao: una crítica para revisionistas modernos*, por Stanley Moore 21
3. *Libros: Lenin y Stalin*, por Harry Braverman 35
4. *Irrupción en el Campus*, por Douglas Dowd 48
5. *Correspondencia: Anarquismo y Socialismo* 62

SUSCRIPCIONES

CHILE		EXTERIOR	
		Vía Simple	
COLABOR. (12 Nos.)	E° 100,—	Anual (12 Nos.)	US\$ 6,00
Anual (12 Nos.)	" 60,—	VIA AEREA	
		Anual América	" 10,00
Semestral (6 Nos.)	" 40,—	Anual Europa, Asia, Africa	" 15,00

Monthly Review, publicación mensual de Editorial Prensa Latinoamericana S. A. Director: Clodomiro Almeyda M. Representante legal: Carlos Salazar U. Representante para los asuntos editoriales: Ernesto Benado R. Secretaría y Redacción: Barros Errázuriz 1942. Correspondencia a: Editorial M. R., Casilla 5437, Santiago-Chile. La secretaria de redacción de la revista atiende de lunes a viernes. El Editor y el Director reciben a los suscriptores, lectores y colaboradores, todos los miércoles, de 19 a 21 horas.

A P A R E C I O



2º libro de la
Colección América Nueva

PROCESOS Y ESTRUCTURAS DE UNA SOCIEDAD DEPENDIENTE

Edelberto Torres Rivas

Aceptada la perspectiva integracionista como formando parte de una irreversible pauta histórica, es procedente examinar cómo se alteran y se conforman las relaciones de clase en el seno del nuevo espacio económico en formación y qué modalidades se insinúan ya en las instituciones sociales y políticas de la sociedad nacional. ¿En beneficio de quién se realiza la integración económica? ¿Cuáles son las fuerzas sociales y bajo qué condiciones nacionales e internacionales se reparten los frutos y cargas del desarrollo? Por la situación de poder que ha surgido en Centroamérica en el último decenio, no cabe duda de que los grupos sociales obtienen dividendos distintos, casi en relación inversa a su importancia social; los mecanismos existentes en la estructura política favorecen de una manera casi "natural" a un sector social: los grupos propietarios, en general, y más específicamente los empresarios industrial-comercial-financieros de origen nacional y extranjero y excluyen, sin ninguna compensación, a los grupos asalariados del sector manufacturero, y más directamente a la masa campesina. Los sectores populares, con todo lo vago de tal denominación, ni siquiera han recibido beneficios indirectos tales como una ampliación del empleo industrial que, por el contrario, tiende a disminuir.

Como siempre en

LIBRERIA



Mac Iver 267

CENTRALISMO Y PARTIDO

Por ALEJANDRO DORNA*

Este trabajo se publica con la autorización especial de los editores.

I

La sociedad contemporánea está teñida de un principio santificado por teóricos y empiristas: la centralización.

Los sistemas económicos, hasta hace muy poco, basaban su eficacia y rendimiento en una rígida centralización planificada.

Al mismo tiempo los cerebros de la especialización rendían culto a esa encarnación del pensamiento de las élites renacentistas.

Era la exaltación de los tiempos modernos, la época del progreso ininterrumpido y el ascenso del confort.

Los grupos sociales dominantes se regocijaban por el avance de la automatización y la vertiginosidad del mundo.

Todo fue empapado por esta concepción.

El Estado devino un poder omnipotente, centralista y burgués. La concentración de la infraestructura económica y el poder que de allí emanó reclamó su correlato a niveles diversos.

La política y sus mecanismos, no escaparon a esta tendencia general.

El principio de autonomía fue relegado a la categoría de fantasma maligno, como un sinónimo de atraso y oscurantismo propio de la edad media (1).

Los partidos políticos y su participación en los cambios sociales surgen, en los tiempos modernos, como una necesidad de homogenizar las fuerzas, tras una determinada doctrina y un programa. Sus estructuras organizativas tendieron poco a poco a sub-

* El autor es estudiante en la Universidad de Chile y expresidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Psicología.

(1) Las referencias bibliográficas están al final del artículo.

rayar los poderes, jerarquizándolos a través de algunos estamentos internos: ejecutivos, comités directivos, comités centrales y otros. La armazón jerárquica y el poder vertical se impusieron como una economía de esfuerzo, una mayor eficiencia y celeridad de ejecución.

En la actualidad los índices contradictorios de aquella concepción se han ido sumando de tal manera que permiten vislumbrar las debilidades de estos planteamientos.

Cierto es, que trazar una perspectiva de análisis tan breve corre el riesgo de caricaturizar la realidad. Sin embargo, es preciso replantear la problemática del centralismo.

El partido político es una de sus dimensiones.

Las medidas de centralización que se observan en los grupos y partidos políticos, marxistas fundamentalmente, tienen un par de soportes reales; aunque pretendan ser estampados en forma absoluta como un disfraz para sus errores y sus vicios. Por una parte se esgrimen las características de semilegalidad o franca ilegalidad en que se debe desenvolver la acción de un partido que lucha contra el orden reinante, luego se agrega que tal organización debe asemejarse a un ejército de hombres conscientes sometidos a una férrea disciplina.

Sin duda, dirán los sostenedores de esta tesis, que la libre expresión de sus miembros no se coarta, ya que se impone un paliativo eficaz: "un centralismo democrático". Su fundamento radicará en la voluntad común de alcanzar determinadas metas, en la conciencia lúcida de los medios a utilizar y en la amplia discusión interna (2).

La idea matriz se apoya en que la democracia partidaria consulta la subordinación de la minoría a la mayoría para dar paso a la acción de conjunto.

A grandes rasgos éste es el esquema que conforma "exteriormente" al partido bolchevique en Rusia y posteriormente a su triunfo con la Revolución de 1917 sirvió de modelo a los diversos partidos comunistas.

El derrocamiento de la autocracia rusa y el triunfo de los métodos del partido bolchevique ofrecieron al mundo una ruta insospechada. La expectación fue general. Incluso la sorpresa fue compartida por los propios protagonistas de la revolución. Lenin pocos meses antes de la insurrección, en una conferencia a socialistas suizos cifraba sus esperanzas en las nuevas generaciones para alcanzar el triunfo revolucionario (3).

No obstante el correr del tiempo y la consolidación del poder soviético fueron de más en más proyectando una determinada visión de los hechos pasados, (numerosos debates y polémicas, realidades históricas tales como el papel de los mencheviques y otros grupos, el caso de Trotsky, etc.), sufrieron una metamorfosis bizarra. Al mismo tiempo el futuro era sometido, con la óptica triunfante, a un planeamiento sistemático.

El edificio del presente determinaba el porvenir y el sentido del pasado. De allí nacía un modo de comportamiento tanto humano como político que con el transcurso de los años ha mostrado ser fuente de vicios y monstruosas deformaciones que nada dicen de un régimen socialista.

Los seguidores del esquema del partido centralista se han atrincherado tras el prestigio de una revolución triunfante sin dilucidar a cabalidad los acontecimientos posteriores, la raíz misma del problema y las posibles salidas satisfactorias para la transformación auténtica e ininterrumpida hacia la sociedad sin clases.

No se trata, sin embargo, de replantear el problema en un terreno bizantino o de arqueología teológica, por el contrario tan sólo señalar la mistificación hecha alrededor de las razones, particulares y objetivas, que han determinado una estructura y una metodología partidaria. Ahondar en las situaciones que influyen para abrir un abismo entre la imagen teórica del partido y su imagen real.

Constatando una vez más que tomar esquemas prestados raramente permite dar cuenta de nuevas realidades, pues el quehacer racional es producto de un detenido examen tanto de las experiencias pasadas como del presente.

Porque la experiencia histórica si bien no ha negado la legitimidad de las medidas de seguridad con que se debe rodear un partido revolucionario, ha permitido la comprensión de numerosos defectos y errores que no deben repetirse.

La crítica sostenida es el primer peldaño hacia nuevas formas de acción, extraída de la propia realidad e idiosincrasia de las masas que la deberán sustentar.

Los rasgos monolíticos, la jerarquía todopoderosa, la falta de información a las bases, la desvinculación con las clases motrices del cambio social, forman el ambiente propicio para la burocratización y el espíritu de secta: el dogmatismo tiene allí su cuna original.

No es casual que los torneos o congresos en los cuales se pretende esbozar una línea política general se transformen en un monólogo incesante de las corrientes voluntaristas, sin una réplica adecuada de los sectores más conscientes. La impaciencia por actuar tiende inevitablemente a desestimar la polémica y a facilitar la irrupción de las posiciones más beligerantes. El resultado final son direcciones autoritarias, la falta sistemática de información y discusión interna.

Un partido o grupo puede medir el grado de viciamiento de sus sistemas de discusión, justamente a través de la improductividad teórica de sus debates y en la aparición de acuerdos generales casi tácitamente aceptados, en el marginamiento progresivo de sus mejores cuadros políticos y en la consagración de criterios fundamentalmente pragmáticos. Porque cuando no hay nada que decirse, el único vínculo de unión es el hacer. De allí la irracionalidad de muchas medidas que cuentan aparentemente con el acuerdo mayoritario de la organización. El temor al aislamiento y la consiguiente impotencia política permiten que se trasgreda principios y aumenten las miopías. El anatema o la expulsión de un partido, tiene en los medios políticos el significado de una medida punitiva semirreligiosa.

Las corrientes burocráticas, del período de formación y luego de consolidación en el poder, tienen en la estructura centralista

su mejor apoyo. El militante "full-time", el profesionalizado político, aquel que hay que observar con respeto porque se agita acompasadamente noche y día, auscultando hasta los últimos suspiros de la organización, crece y se desarrolla desde un polo de auténtica entrega y sacrificio, hasta aquel otro de intereses y mantención del poder.

Todo poder, actualmente, está basado en las medidas de centralización.

Nadie que detente el poder permite con facilidad la existencia de mecanismos que eliminen o limiten tal poder, y puesto que el poder por principio es irresponsable, el sujeto o el grupo que detenta la autoridad del poder, pretende encontrarse fuera de toda crítica. Así dentro del partido, la regla se invierte: el camino pasa a transformarse en meta, es un fin en sí. Las críticas son intoleradas, la autocrítica es eliminada de la praxis pero ventilada en discursos y proclamas. Se huele a incienso. Aunque, algunos líderes hagan uso de la autocrítica, lo harán en un sentido exhibicionista y autoflagelatorio como instrumento para justificar errores y mantener en la penumbra la razón de ser de sus actitudes y de este modo arrebatar la iniciativa a sus opositores o simples no incondicionales. El paso está dado: la demagogia y el verbalismo son coronados congreso tras congreso. El ánimo crítico decae. Los mejores elementos son arrinconados paulatinamente, mientras la maquinaria centralista propicia convenciones y ampliados, conferencias y congresos, con la íntima satisfacción de contar con una oposición fantasma para demostrar la existencia de una democracia interna que a todas luces es una farsa. El mito es alimentado a través de infinidad de recursos. El lenguaje de algunos líderes (cuando son cínicamente inteligentes), se remonta inusitadamente a las raíces más intrincadas de ortodoxia. La ideología se transforma en "citalogía". Los documentos de discusión, en visiones cinematográficas del momento. Los análisis políticos, en hojarasca multicolor. Todo se vuelve certidumbre y trascendencia. Es necesario empaparse de los contenidos oficiales, estar "claros" sobre la línea del olimpo dirigente. El militante

recién incorporado recibe una visión retorcida y superficial, ha comenzado un largo proceso de ayuno ideológico, el cual sólo será combatido por el tiempo y las experiencias frustradoras. Mientras, un germen ambiental paraliza a los más capacitados políticamente, permitiendo el ascenso de aquellos que profesan con mayor celo la incondicionalidad.

Así, el partido que surgió como una promesa de liberación se vuelve un instrumento enajenante. El lema del militante será: servir y obedecer. La disyuntiva es lacerante: Actuar o no actuar. El terror a quedar marginado de la organización, "de la única arma posible para cambiar la sociedad", atrapa con ataduras invisibles a la gran mayoría de los opositores del centralismo y la verticalidad. Incapaces de resistir la necesidad de seguridad que ofrece el grupo partidario, se verán embarcados de más en más en una política que no es la de ellos pero de la cual no pueden renegar. El apego a la bandera se exhibe como una justificación risueña. El fondo permanece oculto, el deseo de libertad y autonomía se marchitará inevitablemente.

En otras palabras, el quehacer cotidiano, ese trazar un futuro nuevo; ese montarse en la historia, es cada vez más ciego, cada vez más irracional, cada día más dependiente de las órdenes de una jerarquía que ha ido paso a paso reemplazando las fuentes de su poder original, las bases, con nuevos y más complejos estamentos intermediarios (aparatos de información, propaganda, comisiones anexas a comités, etc.) hasta llegar a formar reducidos cenáculos de decisión, en los cuales generalmente se percibe la figura de un dictador solapado, cuando no de un clan familiar.

Estamos en presencia de un socialismo de la servidumbre, de un autoritarismo y un centralismo que nada tienen de dinámico ni eficaz. Es la imagen patética de la misma sociedad que se quiere destruir: sometimiento y utilización del hombre por el hombre.

Las prácticas a través de las cuales se desenvuelve el centralismo de una organización política son variadas, inciden fundamentalmente sobre los aspectos de estructura, como resultado

de la ambigüedad intrínseca del concepto acuñado por el leninismo: el centralismo democrático.

II

La masa de trabajadores, las llamadas clases motrices, es el campo (o debe serlo) de la actividad de la organización, puesto que de allí se nutre, es parte de ella. Sin embargo, bajo el imperio de la centralización se observa cómo las decisiones más pedestres se toman alejadas de ese contexto. La inexistencia de líneas claras y posibles en los diferentes frentes de agitación, que permita un desarrollo autónomo y armónico, es un índice más del sometimiento a una voluntad elitista.

El revolucionario, cuando es auténtico, debe presenciar una dicotomía falsa: o discurre con las reales capacidades ante los problemas atingentes a su actividad o debe permanecer a la espera de toda suerte de instrucciones, es decir estar siempre vigilante ante posibles acciones que no concuerden con la disciplina. Esto equivale a renunciar a toda posibilidad creativa, a transformarse en recadero o peón de tal o cual comité o dirección. En suma: a ensanchar el camino de la domesticación y la dictadura. De esta manera su quehacer ya no le pertenece y se encuentra enajenado de decidir y crear, de dudar y aprender.

Simultáneamente se descubre de esta manera un ingrediente tenebroso, la desconfianza organizada de los organismos superiores hacia los inferiores. La existencia de militantes de varias categorías. Los roces y recelos. Finalmente todo está cargado de rivalidad, las relaciones interpersonales se encuentran deterioradas desde la raíz. La historia demuestra que estos son los síntomas previos a la aparición abierta de las purgas y los aparatos de represión interna. La desconfianza en la capacidad de los sujetos, en su creatividad y autonomía (dentro de una línea probada por todos) se transformará en caso de triunfo en la persecución desenfrenada a las herejías.

Como consecuencia de este mecanismo de desconfianza inter-

no, aparece la tendencia a exaltar la imagen de determinadas figuras, a señalarlas como imprescindibles. El líder o los líderes toman el papel de las masas cuando éstas se encuentran más vacilantes. Y no es difícil, entonces, comprender por qué las iconografías oficiales hacen malabarismos para mostrar a determinado prócer repartiendo espadas a diestra y siniestra, corrigiendo desviaciones, castigando traidores y señalando el norte sin ningún equívoco.

El caudillo ungido por el candor de la historia y la acción de los intereses, mantendrá entre sus dedos o pretenderá tener todos los hilos del tinglado.

Esto implica una sobrevaloración del papel de los aparatos propiamente administrativos por sobre los destacamentos de combate.

El motor de la lucha de clases, la clase trabajadora, es sistemáticamente amordazado. El instinto de la clase no es suficiente en la mayoría de los casos para desembarazarse de tales trabas.

Un ejemplo reciente fue la actitud del proletariado francés en las jornadas de Mayo 68, quien, pese a las posibilidades revolucionarias que se abrieron, mantuvo en general su obediencia a los partidos de corte tradicional. Así, el P. C. F. apareció una vez más como demasiado débil para hacer la revolución, pero demasiado fuerte como para que nazca otro partido de combate. Los mecanismos que secreta la centralización pueden dar cuenta de esta paradoja.

Este proceso de parálisis interna se da ante la imposibilidad de dar voces de mando en los momentos decisivos, cuando es imposible demandar recetas a la "curia" partidaria, en el instante mismo en que el revolucionario debe dejar de ser un miembro marginado de la sociedad para transformarse en un gran organizador. En aquel minuto histórico preciso, implanificable, tan sólo posible, de irrupción social. Situación frente a la cual, la organización revolucionaria debe responder con una militancia consciente y homogéneamente madura. La apertura de la conciencia social de las clases en el momento del clímax social, (4) se da

en forma precipitada, galopante; por ello cada individuo del grupo revolucionario debe saber a plenitud sus responsabilidades y estar en condiciones de crear, mandar y obedecer, organizar y combatir.

El centralismo es uno de los mayores obstáculos para tales comportamientos, es una gangrena que superficialmente mantiene una actividad vertiginosa aunque internamente esté carcomiendo la madera del futuro: la iniciativa de todos y de cada uno.

La rutina es su consecuencia directa.

El mito de la infalibilidad de las direcciones y sus métodos de mando, corre parejo a la leyenda del partido. La consigna es grabada y transmitida rítmicamente: el partido siempre tiene la razón, el partido nunca muere (5). El poder de allí emanado tiene esa aureola. Los dirigentes se sienten depositarios y distribuidores de esa verdad. Así, la masa deberá idealizar a la secta disfrazada con ropajes de partido, como algo que vale por sí mismo.

Aun cuando el partido centralista no conquiste el poder, su misma actitud —irremediabilmente burocratizable— constituirá una barrera poderosa en la ruta hacia la sociedad nueva.

Quizás, la vorágine de una revolución coloque las premisas del centralismo a la orden del día, pero el peso de sus contradicciones y el sello que las caracteriza, es decir la voluntariedad de poder y autoridad, serán frenos poderosos cuya resultante provocara el desencanto entre las filas revolucionarias y represión entre las masas. La aparición de una capa tecnocrática y de activistas privilegiados no se hará esperar.

El partido succionará paso a paso los pilares mismos de la democracia directa, asumiendo el control de las organizaciones sindicales y de todos los aparatos administrativos del nuevo estado.

III

La configuración de la arquitectura de una organización política de nuevo tipo, es decir un arma de transformación social, surge de múltiples factores sicosociales, cuyas raíces se hunden

en la sociedad de origen. En su seno se deberán amalgamar los mejores elementos de la clase trabajadora e incorporar los rasgos positivos de la sociedad en su conjunto, para de allí elaborar con nuevos materiales, actitudes y conceptos la nueva sociedad.

Un partido para que sea tal, más aun cuando su ideario es socialista, debe saberse depositario de un legado histórico y de una tarea a realizar, pero jamás autotitularse como institución en sí, absoluta. El partido es un momento de la historia y de la dialéctica social, por lo tanto nace, vive y muere en tanto es una herramienta social. Su objetivo es ser agente de cambio. Sin perpetuarse ni erigirse en poder. Más bien debe propender a crear en su interior los mecanismos necesarios para nunca verse consolidado como institución.

El salto al reino de la libertad constituye una meta que debe estar correlacionada con los medios para alcanzarlo.

El centralismo, la autoridad todopoderosa y la verticalidad, viejas prácticas paternalista, se han demostrado ineficaces y frustrantes.

Un peligro grave es aceptarlas como una necesidad para luego lentamente imponerlas como una virtud. Los marcos teóricos y los argumentos podrán ser retorcidos hasta la saciedad, sin embargo tal justificación no hará más que congelar en un sistema de ideas las razones concretas de tal proceder, ocultando a sabiendas o no que se puede hablar de socialismo, marchar hacia él, hacer una revolución, y no llegar a consolidar una nueva sociedad.

Los trasplantes de recetas políticas no han hecho otra cosa que oscurecer la única posibilidad de reencontrar soluciones propias. Amparadas tras una nebulosa doctrinaria, en la cual las palabras parecen cobrar vida, los hechos cotidianos son forzados a ubicarse dentro de moldes burdamente calcados. El buceo dentro de la problemática propia se va tranquilamente asfixiando.

La urgencia de poner en marcha un motor de transformación social ha hecho de la inmediatez una ley. El desprecio a la teoría-guía-para-la-acción, exaltando esta última a la cima de categoría

absoluta, encubre en la mayoría de los casos una incapacidad de respuesta.

En la búsqueda de un unguento absoluto se pierde la perspectiva de la acción real de cada instante, se pretende violentar los acontecimientos en forma aislada, frenética; gritona. Estamos frente a un idealismo histórico aberrante. La justificación se descubre en una neodialéctica, en un puzzle de argumentos; en una lógica coherencia propia, a través de la cual se amontonan, heterogéneamente, argumentos que en su contexto natural son claramente contradictorios. Vemos un desfile pintarrajeado, colecciones de citas, artículos sesudos atrincherados tras tal o cual ideología en boga. Pero sin una amarra sólida ni el esbozo de una metodología y teoría consistente, capaz de ser comunicada a todos.

Es por esto que la noción de partido deviene en una caricatura vacía, una máquina trituradora de voluntades. Hoy en día, con ciertos resultados a la vista, numerosos años de experimentación y sacrificios, es imposible mantener planteamientos prefabricados, ni generar estructuras impuestas.

La sofisticación y ceguera que existen en torno a los problemas de la concepción del partido, como liberador social, tiene en la interpretación de la democracia su punto conflictivo. Para abreviar, el concepto de democracia generalmente se ha visto envuelto de la fraseología de la clase dominante. La burguesía triunfa haciéndolo suyo, hoy impera a través de esa óptica, como democracia de clase y para una clase. Sin embargo, es necesario reentender el sentido del concepto democracia tanto en lo macro-social como en la vida interna de toda agrupación humana, con mayor razón cuando se trata de una organización de tipo político cuyas metas son una sociedad renovada.

El verdadero papel revolucionario de la democracia se subestima y la libertad no permite las transacciones ni otro tipo de inconsecuencias.

Una constatación básica de la razón de ser del socialismo es aquella que admite que todos los sujetos deben ser soberanos,

plenos, libres. Todo lo cual no significa reivindicar el individualismo liberal, sino por el contrario, reclamar la necesidad de despertar las individualidades, desarrollar la capacidad creadora y de asombro: hacer el hombre nuevo.

El partido que no tome estas características de la nueva sociedad a construir ni siquiera podrá ser considerado como un medio para tal fin. Porque pese a que la sociedad socialista aún no sea real, pese a que la sociedad se rija por los patrones capitalistas, esto no justifica que el partido de nuevo tipo alimente los mismos vicios de la sociedad que quiere combatir. Es necesario que cada miembro sea al menos potencialmente un hombre nuevo y que luche por serlo. El rol de la democracia interna —que no es más que un paso a la democracia socialista en la sociedad en su conjunto— se descubre en toda su importancia. Vale decir, los sujetos podrán ser capaces de decidir lo que hay que hacer y cómo hacerlo conjuntamente con los demás, y no aislados en un rincón, cada uno sólo con sus imágenes y deseos. La democracia interna entendida de tal forma no implica ignorar la disciplina, por el contrario, la sitúa en su justo nivel: la hace consciente.

Las medidas de coerción y mando imperativo pueden servir para condicionar esclavos, jamás al hombre integral. Además, la democracia no se reduce a un mero gobierno de la mayoría con respeto a la minoría, sino que debe ser capaz de cristalizar las opiniones del grupo. El liderazgo, en tal medida, ocupa su dimensión real: coordinador de las decisiones del grupo. Representante y mandatario, pues el sentido de la acción y la toma de las decisiones serán obra del conjunto y no de una minoría dirigente a nombre del grupo. La relación del partido hacia su clase debe ser en igual forma, es decir, se obra en función de la clase y no en su nombre (7).

A su vez, las características de personalidad de un líder, como del partido en relación a la clase motriz, pueden alterar las más bellas intenciones. Un líder de tendencia autocrática, autoritario y autosuficiente, tenderá a utilizar rigidamente las medidas

de centralismo y verticalidad. Es su propia razón de ser, es decir: la búsqueda y la proyección de sí mismo en el grupo o la sociedad. ¿La existencia de grupos con tendencia al autoritarismo puede ser producto tanto del ritmo impuesto por un líder autoritario o bien el líder es producto de las necesidades autoritarias y rechazantes del grupo?

Estas interrogantes y constataciones nos llevan a insistir en la necesidad de ser vigilantes hasta el cansancio en las medidas de saneamiento y ejercicio de una auténtica democracia interna. Recordar a cada paso que se pretende construir un medio adecuado a un fin, que tal fin requiere apoyarse en ese medio para ser realidad, y que el uno y el otro son una continuidad dialéctica que no puede negarse a sí misma. El fin no puede justificar los medios, ya que ambos son una y la misma cosa a diferente nivel de integración.

Las experiencias acumuladas sobre el rol del partido, dentro del proceso de transformación social, tienden a señalar cuán precarias son las técnicas de organización que se utilizan corrientemente. Por una parte existe el apego a las tradiciones de la llamada vida partidaria y por otra la falta sistemática de imaginación. La mejor excusa con que enfrentan los acontecimientos es la escasez de recursos. No obstante, gran cantidad de los mejores elementos del punto de vista intelectual y humano son desaprovechados, soslayados, cuando no despreciados. El funcionario siente en la piel su mediocridad y será siempre temeroso de perder su pequeño poder. Su movilidad pretende ser titulada de proletarización y su desprecio al intelectual, o a sus no iguales, en rechazo al espíritu burgués. Los mecanismos defensivos jamás dejarán de auxiliarse, en los casos que llega a ser capaz de razonar.

Son las ofrendas menores que se pagan a diario al centralismo y a la autoridad vertical.

Esta concepción singular del socialismo, hecha carne a través de los partidos de corte centralista, tiene en la fascinación ante la imagen del poder su mejor explicación. El hombre subyugado por el poder, tan sólo pretenderá destruir uno para reemplazarlo

por otro supuestamente nuevo (1). En sustancia, se está amortajando la meta, la posibilidad de una sociedad con seres auténticamente libres.

La prédica de combatir el poder con más poder es la consecuencia lógica del combate de la irracionalidad con otra mayor.

Porque las concepciones actuales, teórico-prácticas, de los estilos partidarios, de su esencia dinámica y su estructura orgánica, de sus límites de rigidez y flexibilidad, se encuentran en discordancia con las reales necesidades de un cambio social que demanda, de más en más, canales de autonomía y satisfacción. Es necesario, pues, cuestionar a fondo y hasta sus raíces la verdadera función que debe cumplir un partido cuando se quiere renovador.

Para nadie es un misterio en ciencias sociales que algunas experiencias hechas en grupos han demostrado que la correlación entre centralismo y satisfacción es negativa. Al mismo tiempo que, si bien el grado de eficacia es mayor en relación a otros grupos no centralizados, a la larga, los sujetos que cumplen el papel de receptores centralistas llegan a un grado de saturación tal que el progreso, o la ventaja alcanzada, se anula llegando incluso al caos más completo.

En los tiempos actuales es casi imposible pretender a niveles orgánicos normas de acción permanentes y rígidas.

La velocidad del desarrollo de las contradicciones, su formulación y desplazamiento, es de tal carácter que las instituciones, los partidos en este caso, son incapaces de absorberlas a plenitud. Por tanto, se encuentran constantemente rezagadas, incapaces de dar respuestas de conjunto a nuevas demandas.

Las normas estereotipadas, gastadas por el uso y el abuso, hacen necesario abrir la polémica, reivindicar el papel de la teoría para responder en forma seria a las exigencias del momento, a los vicios y deformaciones.

La discusión en torno al concepto de partido tiene en la disputa centralización versus descentralización, su llave maestra.

Una toma de posición descentralizadora será positiva, en tanto se creen las condiciones para una discusión plena, con un

adecuado sistema de informaciones que recorra toda la organización. En tanto el espíritu que anime a los individuos esté constituido por lazos reales de cooperación y solidaridad, que permita un libre juego de posiciones y tendencias, dentro de un denominador común.

La existencia de tendencias, incluso organizadas, dentro de un partido no deben conducir a discusiones bizantinas que paralicen el trabajo común, por el contrario deberá tender a agilizarlo, puesto que son la expresión misma de una realidad multifacética: los hechos sociales y su interpretación no son axiomas matemáticos.

IV

Las medidas de generación o regeneración de todo partido de cuño socialista deben partir de su relación estrecha con la clase motora. Simultáneamente, a través de un detenido examen de las características de la sociedad, es decir, del momento histórico que se vive. Las postulaciones abstractas son puntos de referencia, sólo tienen validez en cuanto se las verifique día a día con la realidad.

Un movimiento si se desea socialista, vigilante ante los peligros de sojuzgamiento y burocratización, deberá hacer nítido a sus miembros el sentido objetivo del porqué de sus acciones, actitud y conocimientos básicos para la larga marcha hacia la sustitución de una sociedad por otra.

El papel de la descentralización está ligado a la esencia y al carácter futuro, tanto de la organización como de la sociedad nueva.

Descentralizar y delegar poderes a los miembros de la organización es de vital importancia, en cuanto se debe propender a ser la encarnación, ahora y aquí, en la medida posible, de la sociedad por venir. En cierto modo: prefigurar la comunidad socialista por nacer.

Una descentralización paulatina demanda:

a) Comprender que el conjunto de varias decisiones buenas, vale más para un grupo y para todo el mundo, que las decisiones tomadas por un organismo rigurosamente centralizado.

b) Que la organización tenga objetivos generales, una adecuada red de comunicaciones, una política bien definida en cada frente y mecanismos de control que sean conocidos, comprendidos y observados. Esto no implica necesariamente una uniformidad férrea en los métodos de realización de las tareas.

c) Una responsabilidad proporcional al poder de decisión de cada uno; es decir, se hace necesario un sistema de ubicación de cada sujeto al frente de las tareas que más le interesan y ante las cuales mejor responde.

Los aspectos antiformales que encierra la descentralización y la disminución del valor de la autoridad, en ningún momento niegan las eventuales demandas que pueden surgir de improviso a una organización, máxime cuando lucha contra el statu quo, y que podrían ser calificadas de centralistas con un criterio chatamente ortodoxo. Por el contrario, el sentido de estas medidas jamás podrá entenderse como el reemplazo unilateral de un dogma por otro. La divisa que guía el interés por la descentralización debe reconocer que hay momentos en que la tarea principal se traslada al centro porque lo exigen las acciones a realizar, pero al mismo tiempo debe evitarse que este hecho circunstancial se extienda más allá de sus límites objetivos y temporales.

Para ganar más libertad, cooperación y solidaridad dentro del movimiento y de éste con la clase, es preciso liberar la iniciativa y la confianza en el hombre, en todos los niveles, evitar el tutelaje autoritario. Reconocer y enseñar que la transformación social no tiene recetas santificadas; a lo más, enunciados generales.

Los fenómenos sociales son plurideterminados, parten de un pluralismo que es propio a la realidad, por lo tanto es lógico pedir tal enfoque para abordarlos. Una actitud simplista generalmente desemboca en una tragedia. Un monolitismo para enfrentar las determinantes sociales y sus soluciones: un crimen.

Las imágenes que configuran la realidad de un partido, mu-

chas veces actúan inconscientemente y a priori, desplegando una cortina pegajosa sobre la realidad. Se concibe el todo olvidándose de los cuerpos que lo constituyen, de sus diferencias y desniveles. Se parte de un óptimo sin tenerlo.

Podemos preguntarnos: ¿acaso no es un hecho que una escuadra militar (bloque organizado y único en sus movimientos) no puede avanzar más rápido que el más lento de sus hombres? El grupo social-político tiene características semejantes, es un cuerpo dinámico, en movimiento, sin embargo no podrá actuar en tanto sus componentes no posean la claridad meridiana del porqué de sus pasos, del dónde conducen y cómo darlos coordinadamente. Este principio fundamental, en última instancia, define a la política como una ciencia social.

Por qué no se trata de alargar la caravana, desde los olimpos dirigentes a los subterráneos para galeotes, ni de los planes teóricos ampulosos a los empiristas puramente eficientes. Un sentido de integración y homogenización, y la liberación de la rutina y la subordinación, serán la mejor respuesta al submundo esquizofrénico en que se convierte una organización sometida a los regímenes centralistas y autoritarios.

La centralización exime a los que mandan de explicar y explicarse a sí mismos las razones y los objetivos: la descentralización los obliga. Todo esto, ¿implica que no habrá nuevos vicios y errores? Una afirmación a priori corre el riesgo de ser falsa. No obstante, se recupera la responsabilidad del poder. Así, como la iniciativa que se pide no puede existir sin responsabilidad, ésta no puede operar sin sanción.

El derecho a error, a "meter la pata", debe ser considerado no como una maldición sino como algo dentro de lo posible. Los niveles de responsabilidad sancionada dan cuenta de esas situaciones. El poder deviene de esta manera algo aprehensible y censurable, real y concreto, cuya responsabilidad es posible visualizar en cada acto, ya que es compartida por todos y cada uno.

El mito del poder se comienza en esta forma a desvirtuar.

La jerarquía por la jerarquía pierde su sentido de existencia.

El statu interno es llevado a su nivel real, es decir a la capacidad de cada uno.

La concepción de partido está en los indicios de una verdadera desmistificación.

El clima enajenante que rodea a la organización partidaria, dejará de serlo en tanto se la conciba como una estructura anti-institución ella misma.

En suma, el plantearse el cuestionamiento de las funciones y estructuras del partido como institución política es un principio tanto de higiene mental como social. Implica resistir el mito que rodea la imagen del poder, no dejarse ganar por la histeria colectiva, por el romanticismo de la bandera, por la intolerancia per se: significa mantener vigilantes el espíritu de la desobediencia frente a una obediencia ciega y mezquina. Esto es, responder a las manifestaciones de infalibilidad del poder centralista, a la ideología monolítica. En otras palabras, defender el derecho de la herejía frente a las cadenas de la ortodoxia. No olvidando nunca que el poder, y toda agrupación o institución, son tan sólo un medio, y que su fin es suprimirse.

Desde el punto de vista de la evolución global de la sociedad, se trata de arrancar todo poder al poder. Y desde la práctica cotidiana que nos hace darnos metas a cumplir en el ahora y aquí, la fórmula apetecible es: mientras menos poder, mejor; mientras menos autoridad, mejor.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- 1.—Gustav Landauer: La revolución. Ed. Proyección.
- 2.—Roger Garaudy: Humanismo marxista. Ed. Horizontes. Buenos Aires.
- 3.—Ver: La nueva clase de M. Djlal. Ed. Sudamericana. Pág. 46.
- 4.—G. Lukacs: Histoire et Conscience de Classe.
- 5.—A. Dorna: El Apra. (Art. Última Hora. Julio 65).
- 6.—J. P. Sartre: L'Idée neuve de Mai 1968. Le Nouvel Observateur N° 189.
- 7.—R. Luxemburgo: Democracia y Dictadura. (Los marxistas. W. Mills).
- 8.—J. A. C. Brown: La sicología en la industria. (F.C.E.).
- 9.—L. Trotsky: Su moral y la nuestra.
- 10.—E. Fromm: El carácter revolucionario. Rev. Psicoanálisis... N° 3. 1966.
- 11.—M. Buber: Caminos de Utopía. Ed. F.C.E.
- 12.—E. Fischer: Le vertigues du pouvoir. Les Temps Modernes N° 269.

TEMAS UTOPICOS EN MARX Y MAO: UNA CRITICA PARA REVISIONISTAS MODERNOS

Por STANLEY MOORE *

Antes de su estudio de la política revolucionaria francesa y de la economía política británica, en la época en que estaba criticando la teoría del estado de Hegel desde la posición de un demócrata radical, Marx proclamó como su ideal el retorno de la humanidad de la *Gesellschaft* a la *Gemeinschaft*: "Esa confianza en sí mismo, esa libertad que desaparecieron de la tierra con los griegos, y que con la cristiandad se desvaneció en la penumbra azul del cielo, debe ser nuevamente despertada en los corazones de los hombres. Sólo entonces perseguirán como su más elevado objetivo ir de la sociedad (*Gesellschaft*) a una nueva comunidad (*Gemeinschaft*), a un estado democrático".

En los primeros escritos comunistas de Marx, desde *La cuestión judía* al *Manifiesto*, el contraste entre *Gesellschaft* y *Gemeinschaft* reaparece como el contralor entre *bürgerliche Gesellschaft* (sociedad burguesa) —junto con su complemento, *politische Staat* (estado político)— y *Gemeinschaft* o *Gemeinwesen* (vida comunitaria). El primer par de términos lo usa para describir el presente; el segundo, para describir tanto el pasado como el futuro. En trabajos posteriores —los *Fundamentos*, la *Crítica de la Economía Política*, y *El Capital*— este contraste es desarrollado, en su aspecto económico, mediante la compara-

* Stanley Moore, que enseña filosofía en la Universidad de California, San Diego, es el autor de *Three Tactics: The Background in Marx* (MR Press, 1963).

ción de las economías de intercambio con las economías naturales, lo que devela el secreto del fetichismo del consumo. La economía de intercambio, en *El Capital*, clasista o no, es contrastada con cuatro economías no de intercambio, ya sean clasistas o no. Desde esta mira, la economía comunista del futuro difiere más de una economía capitalista que de una feudal o de la economía de una hacienda campesina autosuficiente.

La exigencia del renacimiento de la comunidad es un tema central de la crítica de Marx a la sociedad capitalista. Aquello que Hegel llama la transición de la *Sittlichkeit* (el conjunto y naturaleza de las costumbres) a la *Moralitat* (moralidad), y que Tönnies denomina transición de la *Gemeinschaft* (comunidad) a la *Gesellschaft* (sociedad), Marx lo transforma en su versión de la transición del capitalismo al comunismo. Por lo tanto, la revolución proletaria tiene un cometido no único sino doble. Negativamente, debe abolir la explotación estableciendo una economía sin clases. Positivamente, debe construir una nueva comunidad para sustituir a la vieja sociedad.

Reconocer esta segunda misión es descubrir en el marxismo una fuente común para los temas utópicos. ¿No es bastante que la revolución proletaria elimine la división del trabajo entre asalariados y capitalistas? ¿Por qué, en *La Ideología Alemana*, sugiere Marx que el comunismo terminará con toda división del trabajo? ¿No es suficiente con abolir el cambio de mercaderías que enmascara la explotación capitalista? ¿Por qué sugiere, en *El Capital*, que el comunismo eliminará todo intercambio de mercadería? ¿No basta con abolir las reglas legales que disimulan a la dictadura capitalista? ¿Por qué sugiere, en su *Crítica del Programa de Gotha*, que el comunismo extirpará todas las reglas legales? ¿Acaso no es suficiente el acabar con las reglas morales que ocultan el interés de clase capitalista? ¿Por qué sugiere en el *Manifiesto* que el comunismo suprimirá todas las reglas morales? La menos radical de estas exigencias define a la transición de la sociedad de clases a otra sin clases. Las más radicales definen

a la transición del egoísmo abstracto de la antigua *Gesellschaft* a la fraternidad de masas de una nueva *Gemeinschaft*.

¿Pueden completarse simultáneamente ambas misiones? Plantear este interrogante es comprender el contraste trazado por Marx en *El Manifiesto Comunista* y *La Crítica del Programa de Gotha* entre dos etapas del comunismo —en la terminología de Lenin, entre el socialismo y el comunismo. El principio de distribución socialista —a cada cual según su aporte— señala el cumplimiento de la primera misión, la transición a una sociedad sin clases. El principio comunista de la distribución —a cada cual según sus necesidades— define la materialización de la segunda misión, la transición de la sociedad a la comunidad. La transición al socialismo es inaugurada estableciendo la dictadura proletaria; la transición al comunismo por el marchitarse del estado.

Leer críticamente a Marx es descubrir —en la distinción entre estas misiones— la expresión de una tensión central de su pensamiento. Por una parte, su teoría de la historia es una sociología del cambio, enfocada en el análisis de la interacción de la tecnología y las instituciones. Por la otra, es una dialéctica de la liberación, centrada en la exposición de las fingidas libertades de la cultura capitalista. Marx desarrolló la dialéctica de la liberación antes de la sociología del cambio: en su terminología, era utópico antes de hacerse científico. Pero al conservar su visión del renacimiento de la *Gemeinschaft* no alcanzó a completar la transición. En su pensamiento maduro esta tensión se refleja en la separación que efectúa de las dos misiones de la revolución proletaria. Su explicación de la transición del capitalismo al socialismo se basa en muy gran medida sobre su sociología del cambio. En cambio, su enfoque de la transición del socialismo al comunismo está basado casi enteramente en su dialéctica de la liberación. Algunas de esas primeras especulaciones que el *Manifiesto* califica como utópicas están fundamentadas más firmemente en el análisis de la interdependencia de las instituciones y la tecnología que lo esté la visión marxista de una nueva *Gemeinschaft*.

En los setenta años previos a la Revolución Rusa, los temas utópicos en el pensamiento marxista no fueron discutidos in extenso por Marx, Engels ni sus herederos socialdemócratas. (La controversia revisionista se concentró en la transición del capitalismo al socialismo, ignorando mayormente la transición del socialismo al comunismo). Sin embargo, durante el último medio siglo la obsesión ha sustituido a la negligencia. Hoy día, tanto dentro como fuera de los países donde los comunistas tienen el poder, la discusión de la teoría marxista está centrada en problemas vinculados con la visión de una nueva *Gemeinschaft*.

Fuera del movimiento comunista organizado esta modificación del énfasis fue consecuencia de la extensa influencia de los intérpretes existencialistas de Marx. Desde Lukacs hasta Sartre, la impotencia de estos pensadores aislados ha sido equilibrada por la grandeza de sus demandas teóricas. Su tentativa de reinterpretar desde un punto de mira existencialista ha involucrado un creciente énfasis sobre su dialéctica de la liberación, a expensas de su sociología del cambio. Los juicios morales de los trabajos de su juventud reciben más atención que las contribuciones a la historia y la ciencia social en los escritos de su madurez. El foco de la discusión se traslada del problema de la explotación —que es central para la transición del capitalismo al socialismo— al de la alienación —que es fundamental en la transición del socialismo al comunismo. Los males de la alienación, como Marx los presenta a través de su obra, no terminarán sencillamente con el fin de la explotación. Su cura requiere nada menos que un nuevo nacimiento de la *Gemeinschaft*.

Los comunistas rusos y sus secuaces se han opuesto firmemente a la interpretación existencialista de Marx. No obstante, Lenin y Stalin, con poder sobre un país atrasado y aislado, fueron conducidos por un camino diferente hacia un énfasis paralelo sobre los temas utópicos. ¿Acaso el mismo Marx no había considerado con simpatía la sugestión de que la Rusia del siglo XIX

podía saltar de *Gemeinschaft* a *Gemeinschaft*, sin una *Gesellschaft* capitalista en el medio? Sus herederos, enfrentados a los tremendos problemas consecuentes de llevar a Rusia al nivel económico y político de los países capitalistas industrializados, optaron en parte por negar la existencia de aquellos problemas proponiendo atajos a la nueva *Gemeinschaft*. Lenin, entre las revoluciones de febrero y octubre, escribió más respecto de la transición del socialismo al comunismo que Marx en toda su vida. En el nivel de la teoría, proclamó en *Estado y Revolución* que ya en el primer día de la revolución proletaria el estado comienza a marchitarse. En el nivel de la práctica, estableció en Rusia un sistema de dominio minoritario que ha durado media centuria. Stalin, cuando la producción económica del Soviet estaba aún por debajo del nivel alcanzado bajo los zares, proclamó la posibilidad de pasar sin ayuda del socialismo al comunismo. Por lo que hace a la práctica, condujo, a enorme costo, la transición de una economía agrícola atrasada a una economía industrial adelantada, comparable a las de los países capitalistas desarrollados. En lo que a teoría respecta discutió, con pasmosa incoherencia, la transición del socialismo al comunismo. Su método para unificar teoría y práctica era la institucionalización de la esquizofrenia.

En contraste con Lenin y Stalin, cuyos hechos no concordaban con sus palabras, Mao ha tratado realmente de llevar a China de la antigua *Gemeinschaft* a la nueva mediante un proceso de ininterrumpida revolución. Llegado al poder tres décadas después de Lenin, adelantó la pretensión de que la China preindustrial podía realizar la transición del socialismo al comunismo antes que la Rusia industrializada. Su primera tentativa para probar esa pretensión fue el “gran salto adelante”, que era primariamente un movimiento económico. La segunda tentativa consistió en la “gran revolución proletaria cultural”, que es primordialmente política. La contraparte moral ha sido la campaña de propaganda contra los incentivos materiales. En punto a teoría, estos desarrollos marcan las últimas etapas en la eliminación del marxismo

de sus elementos empíricos y racionales —su degeneración en una mística de masas del renacimiento en la *Gemeinschaft*. Por lo que atañe a la práctica, la dialéctica de liberación de Mao parece culminar en lo que los no-dialécticos llaman represión —una subordinación ilimitada e incuestionada del individuo a la voluntad colectiva.

Fuera de China, la exigencia maoísta de *Gemeinschaft* AHO-RA ha ganado simpatizantes dentro del difundido renacimiento del anarquismo. Y en el grado en que este nuevo anarquismo está combinado con el existencialismo, dos tradiciones principales que reclaman la herencia de Marx han hallado un terreno común. Aquellos teóricos de la nueva izquierda que sostienen la doble pretensión de que la alienación es el problema central y el maoísmo la clave de su solución combinan las atracciones del irracionalismo comunista y existencialista.

3

Una característica chocante de las disputas corrientes entre marxistas es la acusación de que grandes grupos de comunistas de toda la vida están dedicados a la restauración del capitalismo. Los maoístas afirman que los comunistas yugoslavos —dos décadas después de la revolución proletaria— están invirtiendo la transición del capitalismo al socialismo. También aseguran que los comunistas rusos —medio siglo después de la revolución proletaria— se mueven en la misma dirección. Pero esta acusación no es el monopolio de los maoístas, ni está dirigida únicamente contra estos gobiernos. En casi todas las disputas comunistas a través del mundo, entre países o dentro de ellos, un grupo acusa al otro de tomar por la senda capitalista.

Examinada según los términos de las teorías de Marx, esta acusación carece de argumentos. Subrayar los incentivos materiales no es prueba de restauración del capitalismo. Que semejante énfasis es común al socialismo y al capitalismo está señalado en el principio socialista de distribución —a cada uno de acuerdo

con su aporte. Ni constituye prueba de restauración capitalista el empleo de mecanismos de mercado. Aunque sea una condición necesaria para el capitalismo, el intercambio de mercadería no es una condición suficiente: lo que Marx llama producción sencilla de mercaderías es una economía no-clasista de intercambio. El prerrequisito crucial es que una minoría adquiera como su propiedad privada una parte decisiva de los medios de producción —tierra, materias primas, fábricas, maquinarias. Sin una evidencia de que esta transferencia de propiedad esté realmente ocurriendo en Rusia o Yugoslavia, la acusación de restaurar el capitalismo no parece más que un denuesto paranoide.

Si se la estudia, sin embargo, de acuerdo con lo que ha ocurrido con las teorías marxistas, la acusación es comprensible. Marx había previsto aproximadamente esta secuencia: *Gemeinschaft* precapitalista, *Gesellschaft* capitalista, *Gesellschaft* socialista, *Gemeinschaft* comunista. Lenin, Stalin y Mao —que llegan al poder en sociedades preindustriales y se ven fuertemente impedidos a considerar los atrasos como ventajas— enfatizaron crecientemente la posibilidad de un desarrollo menos complejo y prolongado. Mao ha pronosticado aproximadamente lo siguiente: *Gemeinschaft* precapitalista; mezcla de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*; *Gemeinschaft* comunista. Vistas desde esta perspectiva, todas las tendencias hacia la *Gesellschaft* en un país comunista —excepto durante un corto período inmediatamente posterior a la revolución proletaria— equivalen a tomar por la senda capitalista. Habiendo comenzado por identificar a la sociedad sin clases con la *Gemeinschaft*, termina identificando la *Gesellschaft* con la sociedad de clases.

Los simpatizantes de Mao entre los existencialistas y anarquistas llegan a una conclusión similar por un camino diferente. Una tendencia económica principal de los movimientos de liberación en los países comunistas es incrementar el papel que juega el intercambio de mercadería. Una tendencia política principal es aumentar el predominio del gobierno representativo. La sociedad socialista que resulte de esas tendencias diferiría de las

sociedades capitalistas en que no será de clases. Sin embargo, en otros aspectos tales como la organización económica, los procesos políticos y los valores culturales, se asemejarán a los de una sociedad capitalista, desarrollada, más que a los de una *Gemeinschaft* precapitalista o comunista. Desde la posición de estos existencialistas-anarquistas, no obstante, la cuestión decisiva no es terminar con la explotación sino con la alienación. Como ven en el intercambio de mercadería y en el gobierno representativo las fuentes primordiales de la alienación en la sociedad capitalista, no ven con agrado el programa de la liberación comunista. Ya que comenzaron identificando a la *Gesellschaft* con la alienación, terminan por identificar a la liberación con la *Gemeinschaft*.

Ambas líneas argumentales parten de premisas utópicas para llegar a conclusiones reaccionarias. Un ejemplo es el comentario sobre la ocupación de Checoslovaquia por Rusia, escrito para el MONTHLY REVIEW por Paul Sweezy, partiendo de premisas maoístas. Dedicó la mitad del artículo a sostener que los checoslovacos —como los yugoslavos y los rusos— están restaurando objetivamente al capitalismo al permitir un mayor juego del mercado. En la conclusión, caracteriza el propósito subjetivo de aquellos como “una especie de utopía democrática socialista”. Es una fórmula que retoma el punto de partida del *Manifiesto*: teoría utópica, práctica reaccionaria. Pero, ¿a quién le cae mejor el sayo, a los reformistas checos o a los chinos maoístas?

4

El origen e influencia de la caricatura maoísta de la dialéctica de la liberación de Marx puede explicarse a la luz de la sociología del cambio, del mismo Marx. Bajo las condiciones preindustriales —según el *Manifiesto*— las teorías revolucionarias que acompañan a las primeras luchas emancipatorias del proletariado tienen necesariamente un carácter reaccionario. Abogan por un ascetismo universal y por la nivelación social en su forma más cruda. La propaganda de Mao contra los incentivos materiales aboga por el ascetismo universal. Su revolución cultural

aboga por la nivelación social en su forma más cruda. Los que, según su criterio, son fundamentos del comunismo son, según el de Marx, estigmas utópicos preindustriales. El oponente más implacable del maoísmo no es ni un grupo de individuos ni una alianza de intereses creados: es la industrialización socialista de China.

Contrariamente, el auge de los movimientos de liberación dentro de los países comunistas industrializados plantea problemas internos a la teoría marxista al dramatizar la tensión entre la sociología del cambio de Marx y su propia dialéctica de liberación. Las reformas que amplían el papel desempeñado por el comercio de mercaderías, el juego político del gobierno representativo y rebajan la uniformidad autoritaria de la cultura, pueden ser defendidas como necesidades urgentes para el desarrollo y fortalecimiento social de la *Gesellschaft*. ¿No son prerequisites para proveer a cada ciudadano socialista —en los hechos así como en palabras— de un nivel de vida y un grado de autonomía económica, política y cultural que se comparen favorablemente con los que disfruta el ciudadano corriente de un país capitalista industrializado? No obstante lo cual, puede imputarse a estas mismas reformas el convertir la tentativa de establecer una *Gemeinschaft* comunista.

Enfrentados a este dilema, los teóricos del movimiento de liberación tienen dos opciones. Como Marx, Engels y los socialdemócratas pueden proteger su ideal teórico encomendando a alguna generación posterior los problemas prácticos derivados de su materialización. O, como los modernos revisionistas, pueden expurgar al marxismo de sus elementos utópicos —y rechazar aquellas demandas de su dialéctica de la liberación que carecen de apoyo en su sociología del cambio.

5

¿Qué línea de pensamiento condujo a Marx a sugerir que la especialización del trabajo, el intercambio de mercaderías y el control de la conducta por reglas generales serán totalmente eli-

minados en el curso del desarrollo comunista? En tanto que apoyó sus aseveraciones con argumentos, en alguna medida razona de esta manera. Porque las reglas generales aplican la misma norma a los individuos en diferentes circunstancias, la justicia abstracta de la moral o de las leyes estatutarias se traduce en la experiencia como injusticia. Porque el comercio de mercaderías transforma las relaciones personales en relaciones materiales, la libertad abstracta del mercado se expresa concretamente en la compulsión de tratar a otras personas como cosas. Porque la especialización del trabajo aumenta la producción del poder colectivo de los hombres con la disminución del campo de acción de cada uno, la compleja cultura que resulta de tal especialización se manifiesta concretamente en la compulsión de los productores a actuar como máquinas. En cada caso la eliminación total del acuerdo social se presenta como un imperativo *moral* —como necesario para el establecimiento de una comunidad en la cual el desarrollo de cada uno se basa en el desarrollo de todos. En ningún caso se presenta tal eliminación como un imperativo *tecnológico* —como algo necesario para ajustar las relaciones de los hombres entre sí hasta llegar a una nueva etapa de desarrollo en las fuerzas de la producción.

Como razonamiento moral, la discusión que hace Marx sobre estas cuestiones está distante del puro análisis. El estaba al tanto de los argumentos de Platón, los cuales ofrecían cierto apoyo para su actitud sobre la conveniencia de eliminar el control de la conducta sobre reglas generales legales o morales. El también conocía los argumentos de Rousseau respecto a que el control por reglas generales fuera prerequisite esencial para la moralidad individual y la libertad política. Sin embargo, él no considera las reservas introducidas por Platón ni tampoco refuta los argumentos expuestos por Rousseau. En su discusión de este problema complejo, expone la seca aseveración en lugar del análisis teórico. Además, él conocía bien los argumentos de Rousseau que le proveían algún apoyo para su actitud referente a la conveniencia de eliminar la especialización del trabajo y el comercio de merca-

derías. También estaba al tanto de los argumentos de Hume que respondían a los de Rousseau. No obstante, él ni toma en cuenta las reservas introducidas por Rousseau ni tampoco refuta los argumentos expuestos por Hume. En su forma de tratar este tema complejo nuevamente expone la aseveración cruda en lugar del análisis teórico. Si hubiera procedido de esta manera con todos los problemas económicos, todo el *Capital* no hubiera sido más extenso que el *Manifiesto*.

Como razonamiento sociológico, la discusión que hace Marx de estos problemas no alcanza a llevarlo de algunos a todos. Ofrece pruebas y argumentos para demostrar que algunas formas de especialización han caído en desuso en el curso del desarrollo pasado de la tecnología. Pero no ofrece ni pruebas ni argumentos para demostrar que el desarrollo tecnológico futuro permitirá —mucho menos que necesitará— la eliminación de *todas* las clases de especialización. Además, ofrece evidencias y argumentos para indicar que la regulación económica *únicamente* por intermedio de los mecanismos del mercado llegará a ser incompatible con la continuación del desarrollo tecnológico. Pero no pone en evidencia ni pruebas ni argumentos para demostrar que la continuación del desarrollo tecnológico permitirá —ni menos demandará— una regulación económica planificada que no haga ningún uso de los mecanismos del mercado. Finalmente, él ofrece evidencias y argumentos para demostrar que el control de la conducta por medio de *algunas* reglas generales es a la vez la máscara y el mecanismo de la explotación capitalista. Pero no ofrece pruebas ni argumentos para demostrar que una sociedad industrializada sin clases pueda —y mucho menos lo haga— desechar *todas* las reglas. Los iniciadores de una nueva *Gemeinschaft* sacrificaron los beneficios tecnológicos por los morales, y proponían reestructurar las economías existentes en pequeñas unidades, productivas y autosuficientes, utilizando técnicas sencillas. ¿No se basa la visión de Marx de una nueva *Gemeinschaft* sobre una tecnología industrial compleja y en gran escala, y mucho más utópico que la de ellos?

Marx reconoce que la *Gesellschaft* capitalista, con todos sus defectos, ha llegado más cerca de su ideal del desarrollo libre universal que cualquier *Gemeinschaft* precapitalista. Pero no se contenta con abogar por el establecimiento de una *Gesellschaft* sin clases, por la abolición de la explotación. En vez de esto, entiende la transición del capitalismo al socialismo como una preparación para un cambio más radical —la emergencia de una nueva *Gemeinschaft* que será distinta de las anteriores en que no frustrará sino fomentará el desarrollo completo de la potencialidad de todos los hombres. Pero este segundo propósito combate al primero. En el nivel de la teoría, la dialéctica de liberación en cuyos términos Marx profetiza la transición al comunismo no se encuentra en consistencia con la sociología del cambio en términos de la cual predice la transición al socialismo. En el nivel de la práctica, contemplar al socialismo como preludio al comunismo ha llegado a ser un serio impedimento al enfrentar, racional y empíricamente a los problemas del mejoramiento de las sociedades socialistas existentes. La experiencia de un medio siglo exige el rechazo —como romántico y utópico en teoría, opresivo y reaccionario en la práctica— de la convocación marxista a un nuevo nacimiento de la *Gemeinschaft*.

6

¿Será adoptada esta propuesta teórica por los movimientos liberalizadores en los países comunistas? Sin pronosticar el resultado, pueden verse circunstancias favorables y desfavorables.

Por un lado, las condiciones corrientes parecen eliminar la propuesta dentro de un programa que afirma el ideal utópico en teoría pero que posterga indefinidamente su realización práctica. Las respuestas de Marx y Engels a las arremetidas de parte de Bakunin no prometen ser efectivas contra las aseveraciones de los maoístas y los stalinistas. Los temas utópicos ocupan en la actualidad un lugar céntrico en la controversia teórica en todo el mundo comunista. Sin rechazar explícitamente la visión marxista de una nueva *Gemeinschaft*, los teóricos del movimiento de

liberalización no pueden ni defender su programa inmediato ni definir su propósito final.

Por otra parte, en los países comunistas europeos la mayoría de las críticas teóricas del stalinismo han sido formuladas en términos utópicos. Al adoptar la interpretación existencialista de Marx, tales teóricos atacan a las instituciones opresivas culturales, políticas y económicas, en términos de la lucha contra la alienación. Ellos oponen al pesado estudio del *Materialismo Dialéctico e Histórico* de Stalin el utopismo revolucionario de los *Escritos Económico-Filosóficos* de Marx. Pero esta crítica filosófica de la alienación es demasiado apocalíptica en su presentación para guiar a una lucha gradual, orientada empíricamente hacia la reforma. Llevada a su extremo más lejano, la crítica de la alienación conduce más allá del stalinismo hacia el maoísmo. Si se le limita al compromiso ecléctico, cambia a los axiomas morales en disfraz filosófico. Para hallar un acceso teórico que puede integrar a sus demandas inmediatas y clarificar sus propósitos básicos, el movimiento de la liberalización tendrá que cambiar de dirección.

¿Existen probabilidades de tal cambio? Hasta el momento, los teóricos de la liberalización han surgido en su mayoría de los círculos literarios y filosóficos: un punto de vista existencialista-anarquista es análogo a tales grupos. Pero hay indicaciones, sin embargo, de la emergencia de otro camino de acceso, en el ambiente de las clases cultas, de los técnicos y administradores, quienes propugnan la liberalización. Un punto de vista empírico, positivo, es típico de estos grupos; y se justifica la creencia de que su influencia aumentará. Los rebeldes filosóficos y literarios podrían ser suprimidos totalmente. Pero en tanto que los dirigentes chinos y rusos actualmente en posiciones de mando continúen industrializando sus economías y proveyendo a su juventud con una educación tecnológica y científica, están obrando hacia su propio fin. El stalinismo y el maoísmo serán atacados cada vez más, no solamente como ofensas contra la decencia humana sino también como frenos sobre las fuerzas de la producción. El prin-

cipio de esta época está indicado en *El Progreso, Coexistencia y Libertad Intelectual* de Andrei Sakharov.

¿Qué se puede esperar, entonces, de tales revisionistas? Negativamente, el rechazo de la confusa verbosidad y los sueños incoherentes, aun cuando la verbosidad y los sueños sean los de Marx. Del lado positivo, se puede esperar el acuerdo para trabajar, en el espíritu de lo que Marx llamaba el socialismo científico, hacia una sociedad de justicia y una cultura individualista —en la cual el desarrollo de cada uno está enriquecido y contenido por el desarrollo libre de todos sus semejantes.

No buscarán una nueva Jerusalén. Buscarán una época en la cual el progreso humano dejará de parecerse al vil dios que se jactaba de beber néctar únicamente de los cráneos de los que mataba.

Libros

LENIN Y STALIN

Por HARRY BRAVERMAN *

La última lucha de Lenin, por Moshe Lewin, traducido del francés por A. M. Sheridan Smith. Pantheon Books, New York, 1968. \$ 4.95.

A la edad de 52 años, Lenin comenzó a sentir los efectos de las tensiones y responsabilidades bajo las cuales había trabajado tanto tiempo. Un período de salud delicada culminó el 25 de mayo de 1922, con un ataque que lo paralizó parcialmente y por un tiempo lo dejó sin habla. No pudo volver a su despacho en el Kremlin hasta los comienzos de octubre y su vida de trabajo llegó al fin con otro ataque, el 10 de marzo (1). “La última lucha” de Lenin, como la llama el Dr. Lewin en el título de su excelente libro, tuvo lugar durante esos cinco meses, desde octubre de 1922 hasta marzo de 1923.

Mucho de esa historia ha permanecido sin conocerse por largo tiempo. Es verdad que fue suprimida durante varias décadas en la Unión Soviética, y los sabios de la burguesía occidental y los demócrata-socialistas no le dieron mucha prominencia, con el transparente motivo de dar preferencia al énfasis sobre la conti-

* Harry Braverman es director de Monthly Review Press y autor de *El Futuro de Rusia* (1963).

(1) No murió hasta el 21 de enero de 1924.

nuidad más que a la ruptura entre Lenin y Stalin. Pero de muchas de las últimas actividades de Lenin informó Trotsky en el exilio, y cuando al fin los documentos del caso fueron extraídos de los archivos de Lenin y publicados en la Unión Soviética a fines de la década del cincuenta y comienzos de la del sesenta, quedaron corroborados los relatos de Trotsky y sus citas textuales (2). La quinta edición de las obras de Lenin contiene mucho de lo que fue omitido en las ediciones anteriores, y las memorias de Fotieva (la secretaria personal más importante de Lenin) agregaron mucha información valiosa, como así también "La crónica de las secretarías de Lenin" (3) que cubre el período comprendido entre el 21 de noviembre de 1922 hasta el 6 de marzo de 1923. Ambas fuentes proveen material que no estuvo a disposición de los dos mejores historiadores de la materia, Edward Hallett Carr e Isaac Deutscher.

Moshe Lewin ha rendido un importante servicio al reunir una relación completa de tan extraordinarios acontecimientos y al proveer un interesante fondo analítico. El Dr. Lewin, cuya obra *Los campesinos rusos y el poder soviético* también fue publicada en traducción inglesa en 1968 (Northwestern University Press), se está consagrando rápidamente como un importante experto en asuntos soviéticos. Como trabajó en una hacienda colectiva en la URSS y prestó servicios en el ejército soviético, aporta un extraordinario fondo personal de experiencia al ocuparse de sus investigaciones. Como director de estudios en la Ecole Pratique des Hautes Etudes en París, como asociado mayor del Instituto Ruso

(2) En *El Profeta sin Armas*, volumen II de su biografía de Trotsky, dice Deutscher "Escribí los dos primeros capítulos de este volumen en 1954, basado mayormente en la documentación de *Los Archivos Trotsky*. Sólo dos años más tarde, después de lo que divulgó Kruschev en el vigésimo congreso del partido comunista soviético, fueron publicados algunos de estos importantes documentos por primera vez en Moscú, y posteriormente han sido incluidos en un volumen especial (Vol. XXXVI) agregado a la cuarta edición de las *Obras de Lenin*. Al comparar los textos, no he visto la necesidad de cambiar nada en la cita tomada de *Los Archivos Trotsky*, (pp. 67-68).

(3) Publicado como artículo en *Voprosy Istorii*, la revista histórica soviética, Nº 2, 1963.

de la Universidad de Columbia, y más recientemente en el Centro de Estudios Rusos y de la Europa Oriental en la Universidad de Birmingham, contribuye poderosamente a nuestro conocimiento y entendimiento de períodos de la historia soviética de los cuales poco se sabe, principalmente sobre los fines de la década del veinte y principios de los años treinta.

En el preámbulo, Lewin informa sobre la impresión recogida de la *Crónica de las Secretarías de Lenin*:

Por más fragmentarias que sean las notas de la "Crónica", alcanzan para evidenciar la intensa y apasionada lucha que Lenin, paralizado y sin duda sintiendo su próximo fin, estaba enfrentando, no sólo contra su decaída salud sino también contra la dirección del partido. Con gran esfuerzo efectuó un estudio comprensivo de la situación del país, trazó un programa de acción y trató de convencer a sus colegas del Politburó y del Comité Central que lo aceptaran. Este programa, que no fue requerido por los miembros del Politburó, involucraba considerables cambios en los métodos de gobierno, el personal y, hasta cierto punto, los objetivos. La mayoría del Politburó no demostró entusiasmo.

Con la ayuda de sólo unas pocas mujeres —su esposa Krupskaya, María Ilinichna, su hermana, y tres o cuatro secretarías, notablemente Fotieva y Volodicheva— Lenin luchó tenazmente para conseguir los expedientes que necesitaba. Habló con miembros influyentes y sugirió líneas específicas de acción; buscó aliados y sondeó las opiniones de varios dirigentes, por medios indirectos cuando fue necesario; produjo un extenso informe para el congreso partidario y publicó artículos, porque al fin obtuvo permiso de sus médicos o del mismo Politburó para continuar con algunas de sus actividades. Pero hubo otras que proseguía secretamente —y con buena razón. Con la ayuda de sus más íntimos amigos, Lenin adoptó medidas para asegurar el éxito futuro del trabajo de su vida. El eje de esta "conspiración" —era la propia palabra de Lenin— consistía en una comisión privada que él había constituido secretamente para investigar ciertos acontecimientos en Georgia, en los cuales se habían complicado

importantes dirigentes del partido... Los historiadores han hablado muchas veces de una "crisis intelectual" que Lenin pudo haber sufrido durante esa época final... (páginas xi-xiii).

No puede haber duda que si Lenin no fue presa de una "crisis intelectual" sí lo fue de todos modos de una revisión total. Es lástima que el lector que piense encontrar en los últimos escritos de Lenin una solución de los grandes problemas que estaban por acosar al partido, se vea desilusionado. La mayor parte de los problemas económicos centrales del desarrollo soviético aún no habían madurado. Existían únicamente en forma embrionaria (4).

Pero hay una excepción: la burocracia y las relaciones internas del partido. Este era un problema que estaba por adquirir mayores proporciones en el desarrollo de la Unión Soviética y las luchas de facción de fines de la década del veinte. En verdad, puede decirse que incluía todos los otros problemas. Como lo indicó Lenin, lo que sucedía no era sencillamente un asunto "organizativo", sino una cuestión de "poderes". Los medios moldearon a los fines: es decir, *los problemas del poder y su uso comenzaron a superar al fin socialista*. Este es en esencia el problema de la burocracia que ha sido mentado tan constantemente en los movimientos socialistas. No se trata de una cuestión de malas maneras; se trata de las decisiones tomadas por los administradores del poder para su propia conveniencia más que para fomentar la creación de la nueva sociedad por la que se hizo la Revolución. Este es el conflicto que Deutscher identificó como

(4) Lenin no se ocupó en este período de los dos mayores asuntos económicos. El primero era el debilitamiento en la ausencia suya y de Trotsky, del monopolio del comercio exterior por parte del Comité Central, un paso que Trotsky, hablando también por parte de Lenin en el asunto, fácilmente operó a la inversa. El segundo fue el cambio de posición de Lenin referente a la expansión de los poderes de la Comisión Central Planificadora propuesta por Trotsky. Pero el primero no llegaría a ser crítico como asunto de mayor importancia después de la muerte de Lenin; y en el caso del segundo, es probable que Lenin fuera motivado a hacer esta concesión principalmente a causa de su preocupación en solidificar un bloque con Trotsky. De cualquier manera no dejó tras de sí ninguna extensa reconsideración del plano industrializador de Trotsky y su teoría de la "acumulación socialista primitiva".

existente entre "el sueño y el poder de la revolución" (5). El "sueño" era el de los puros conceptos del socialismo. El "poder" era el mecanismo centralizado al cual los bolcheviques "gradualmente sacrificaron más y más su sueño". Como Deutscher indica, no había una línea definida de escisión, y el conflicto entre el sueño y el poder no existía solamente *entre* individuos, sino también *dentro* de ellos. Aquellos que con mayor facilidad superaron los escrúpulos socialistas, encontraron más llevadero actuar en la máquina que aquellos que conservaron su preocupación sobre la clase de sociedad a lo que todo llevaba.

Era bien evidente, durante los primeros años, la preocupación de Lenin con respecto a este problema. Al principio lo vio de una manera general, más que como un defecto que se infiltraba en los cuerpos superiores del partido. El aparato administrativo soviético, según lo señaló, estaba integrado por alrededor de medio millón de antiguos funcionarios zaristas vigilados por un puñado de comunistas. Agregó que era nada menos que el antiguo aparato imperial "untado con un poco de aceite sagrado soviético", o "solamente algo retocado en la superficie" (6). Su pensamiento está bien explicado en un párrafo notable de la Biografía de Trotsky, de Deutscher:

Se hallaba en el estado de ánimo de un hombre que, con un pie en la tumba, reflexiona sobre los trabajos de su vida y se siente afligido por los defectos. Unos meses antes, en el Undécimo Congreso, había confesado muchas veces sentirse víctima de la pavorosa sensación del conductor de un vehículo cuando súbitamente siente que no responde más a su dirección. Poderosas fuerzas desviaban al estado soviético del camino correcto; el individualismo semibárbaro del campesino ruso, la presión del ámbito capitalista y, sobre todo, las hondamente arraigadas tradiciones de gobierno absolutista y bárbaro. Después de cada re-

(5) *El Profeta sin Armas*, (p. 73).

(6) Citado en *El Partido Comunista de la Unión Soviética*, de Schapiro, pp. 227, 228. Las notas de Lenin sobre este asunto fueron publicadas por primera vez en la Unión Soviética en 1956.

caída en su enfermedad, cuando volvía a observar los movimientos de la máquina estatal, Lenin se alarmaba más, y con patética determinación se esforzó en dirigir el volante con las manos paralizadas (Vol. II, página 69).

Este problema, por consiguiente, se había desarrollado en temprana fecha, y Lenin no tardó en reaccionar. En verdad, cuando llegó a comprender que la falla ya envolvía a su propio Comité Central y al Politburó, reaccionó con mucho más vigor y decisión que otro crítico que lo había precedido en ese campo, Trotsky. Varias señales le alertaron del peligro y la principal fue la del affaire de Georgia.

En los primeros años de la Revolución, las relaciones entre las seis repúblicas soviéticas fueron gobernadas por tratados bilaterales, y en 1922 Stalin se encontraba muy atareado en unirlos. Su proyecto de unión ofrecía un lugar predominante a la República Rusa al disponer para las demás que se unieran bajo el gobierno de la Federación Rusa. Había en esto, claramente, una desigualdad, así como en otros detalles del programa. Por provenir del Comisariato para Nacionalidades, esto era extraño. Pero como muchos historiadores han sostenido, y probablemente con razón, la llamada cuestión nacional no era el eje del problema; atrás estaba la cuestión de la burocracia administrativa y política. Después de todo, Stalin había ganado una sólida reputación en la esfera de los problemas nacionales y no ignoraba en absoluto nada de los principios que involucraban. Sus colegas principales en esa cuestión eran Dzerzhinsky, un exsocialista polaco, y Ordzhonikidze, antiguo bolchevique georgiano, tal como lo era el propio Stalin. Eran todos hombres que difícilmente habrían de caer bajo el hechizo del gran nacionalismo ruso y si así les acaeció fue simplemente porque su impaciencia respecto del contralor centralizado sobrepasó a su fidelidad a los bien conocidos principios de la autodeterminación.

Claro está que las demandas por el contralor central y las de la autonomía nacional nunca serían fácilmente conciliables, pero Stalin no procuraba lograr un equilibrio. El cabalgaba en

pelo. Lenin lo objetó enérgicamente. Stalin reaccionó con impaciencia a las objeciones de Lenin, escribiendo en una nota a Kamenev, "creo que debemos ser firmes con Lenin", y sometiendo a los miembros del Politburó, juntamente con el memorándum de Lenin, su propia contestación, en la que incautamente atacaba a Lenin por su "liberalismo nacional". Pero, dándose cuenta que no podría convencer al Comité Central, retiró inmediatamente la acusación y aceptó el plan de Lenin, que visualizaba la constitución de la Unión Soviética en términos de igualdad para todas las repúblicas y bajo un nuevo gobierno en lugar del de la República Rusa.

Pero ya se había iniciado el conflicto entre la dirección del comunismo georgiano y el Politburó ruso. Los georgianos no se conformaban con la cáscara vacía de una resolución bien intencionada. Quería una autonomía verdadera. La lucha comenzó nuevamente cuando exigieron que Georgia ingresase a la Unión Soviética, no como parte de la federación de las repúblicas transcaucásicas sino como Ucrania y Bielorusia, en calidad de miembro individual.

Lenin, pese a sus diferencias con Stalin, no había entonces hecho caso de los georgianos, convencido en apariencia de que eran culpables de que les calificasen como "nacionalistas desviados". Pero hacia fines de noviembre de 1922, llegó a alarmarse de la cantidad de incidentes y modificó completamente su punto de vista. Una carta de un antiguo bolchevique georgiano le informó sobre las amenazas de Ordzhonikidze contra el comunismo georgiano (por ejemplo, los que apoyaban al comité central georgiano recibieron orden de abandonar Georgia y ponerse a disposición del Comité Central Ruso). Luego, el Comité Central georgiano renunció casi en pleno (nueve de los once), y Ordzhonikidze constituyó un grupo dócil en su reemplazo. Y finalmente, Ordzhonikidze perdió de tal manera el control que llegó a golpear a un miembro del partido georgiano durante una reunión.

No satisfecho con sus fuentes oficiales de información, Lenin formó su famosa comisión investigadora secreta, pero ya estaba

decidido. Sus notas en los últimos días de diciembre y sus instrucciones a las secretarías, que debían conducir la investigación, demuestran que el propósito de esta comisión era reunir información para ser presentada al congreso partidario fijado para abril (7).

En todo esto, lo que más alarmaba a Lenin era el uso de la intimidación, particularmente como la simbolizaba el golpe de Ordzhonikidze. El Dr. Lewin cita de las memorias de Fotieva: el acontecimiento "lo desconcertó hondamente". La "Crónica" indica que volvió al tema repetidamente. "Si las cosas han llegado a tal extremo..." escribió el 30 de diciembre, "podemos imaginar en qué desorden estamos".

Como subproducto del affaire georgiano, otro acontecimiento enfureció aún más a Lenin. Krupskaya, su mujer, cayó muy mal a Stalin mientras reunía material para la investigación de Lenin. Stalin, que sabía muy bien lo que ocurría, telefoneó y —ella lo cuenta—, la abrumó con injurias y amenazas injustificadas".

Probablemente más como resultado de estos incidentes que por otro motivo cristalizó en la mente de Lenin la determinación

(7) Para demostrar las dificultades que tuvo Lenin en reunir material (Stalin estaba a cargo de la supervisión médica para el Comité Central), Lewin relata lo siguiente: "(Lenin) quería saber los resultados del censo de empleados públicos en las ciudades grandes, que se había cumplido bajo su instigación. Tan sospechoso era de la burocracia, que hizo repetidas demandas para ver los resultados. Al fin, su secretaria tuvo que admitir que no le sería permitido ver los documentos sin el permiso de Stalin. Lenin no había estado al tanto de esto. Según Fotieva en sus memorias, el asunto provocó en Lenin un ataque de furia a los tres días, el 10 de enero, y un mes más tarde, el 12 de febrero, le causó una crisis emocional. Uno de sus médicos, Forster, quien estaba por permitirle leer los diarios y recibir visitas, puso repentino fin a estas esperanzas y le prohibió toda "información política". Cuando Lenin preguntó qué significaba ese término, el médico le contestó: 'Bueno, por ejemplo, usted estaba muy interesado en el asunto del censo de los empleados públicos'. Esta contestación resultó ser tan violenta para Lenin que le hizo temblar los labios: el sólo hecho de que sus médicos estuvieran tan bien informados sobre tales detalles y capaces de obtener semejantes conclusiones confirmaba sus peores sospechas. Fotieva anota prudentemente en la 'Crónica': 'Es probable, además, que Lenin haya recibido la impresión de que no eran sus médicos quienes impartían las órdenes al CC, sino que las daba el CC a los médicos'. El hecho, para Fotieva, ya no era más una cuestión de probabilidad sino de certeza", (pp. 92-93).

de desplazar a Stalin. En las instrucciones a su comisión, no sólo puso énfasis sobre el asunto Ordzhonikidze, sino que asimismo exigió reiteradamente saber por qué la comisión oficial no había investigado el hecho: "¿Stalin sabía de esto?" "¿Por qué no hizo nada?". Escribió a los disidentes georgianos: "Sigo vuestro asunto con todo mi corazón. Estoy furioso por la rudeza de Ordzhonikidze y la complicidad de Stalin y Dzerzhinsky. Preparo notas y un discurso para ustedes". Exigió del partido la expulsión de Ordzhonikidze por lo menos durante dos años.

Una de las secretarías de Lenin informó a Trotsky que Lenin estaba preparando una "bomba" contra Stalin para el congreso venidero; Krupskaya dijo a Kamenev que Lenin había decidido "aplantar políticamente a Stalin". Lenin dictó una carta a Stalin (incluida ahora en el volumen LIX de las obras de Lenin publicadas en la Unión Soviética) en la que amenazaba con "romper las relaciones entre nosotros" a raíz del asunto Krupskaya. Y, finalmente, agregó una nota a su testamento por la que aconsejaba la remoción de Stalin de la secretaría general del partido.

Todos los esfuerzos de Lenin se enfocaron entonces en el congreso de abril (al que nunca asistió ya que tuvo lugar después de su incapacitación final). Evidentemente, proyectaba una reorientación del partido, además de la remoción de Stalin, y sus ideas al respecto fueron consignadas en el artículo "Mejor pocos, pero mejores", que trataba sobre la manera en que podría ser levantado "un aparato estatal verdaderamente nuevo, digno en verdad de ser llamado socialista". Contiene la siguiente frase: "En resumen, no debemos hacer las exigencias (al aparato del estado) que formulan los burgueses de Europa occidental, sino demandas que sean dignas y adecuadas para un país que está en camino de convertirse en un país socialista".

Ya existía un comisariato encargado del aparato del estado y del partido, la Inspección de los Trabajadores y Campesinos, erigido por Stalin en tres años, que aún estaba bajo su influencia. Lenin no midió las palabras: propuso eliminarlo y comenzar de nuevo. "Digamos con franqueza —escribió— que el Comisariato

del Pueblo de la Inspección de los Trabajadores y Campesinos carece actualmente de la más mínima autoridad". Propuso crear un "nuevo" comisariato, acorde con los principios estrictos de la conciencia socialista, con amplios poderes de investigación. Tal vez tenía en cuenta a su propia comisión secreta sobre el asunto de Georgia cuando llegó tan lejos como para recomendar que el nuevo comisariato proyectase "normas especiales para encubrir sus movimientos, su objetivo, etc." (8).

El que antecede es mero bosquejo de una historia realmente extraordinaria, y es recomendable leerla completa en el libro del Dr. Lewin. Pero aun este bosquejo alcanza para apuntar un aspecto importante de la última lucha de Lenin: prácticamente cada uno de los problemas tratados por Lenin le conducía directamente a Stalin. Es muy sencilla la razón de este hecho notable: ya para esa época Stalin había llegado a ser el hombre más poderoso del partido. Lenin podía, y lo hubiera vencido políticamente, de haber vivido; y probablemente Trotsky pudiera haber vencido en el congreso de abril, si hubiese luchado. Ambos eran más fuertes dentro del cuadro partidario. Pero en tanto Stalin no era destituido, esgrimía cada día más poder que Lenin o Trotsky, o que los dos combinados.

Durante un tiempo considerable había sido el principal organizador del partido y del estado. Su ascenso a esa posición dominante fue facilitado por un suceso quizás más fatal de lo que muchos historiadores reconocen: la muerte por tifus, en marzo de

(8) El Dr. Lewin reproduce el texto de este artículo entre los apéndices del volumen. En su ataque a la Inspección de Trabajadores y Labriegos, Lenin estaba haciendo uso de un tema repetidamente presentado por Trotsky durante todo el año 1922. Por consiguiente no podía de otra manera ser más que otra indicación a los miembros del Politburó de la formación de un bloque entre Lenin y Trotsky. El Politburó hizo esfuerzos extraordinarios para evitar su publicación. Mensajes muy repetidos de Lenin por intermedio de Krupskaya forzaron el asunto a aparecer sobre la agenda del Politburó, donde, según Trotsky, todos los miembros excepto él mismo, se opusieron a la publicación; y uno, Kulbyshev, propuso imprimir una emisión falseada del *Pravda* para los ojos de Lenin! El Politburó abandonó su posición injustificada cuando Kamenev, llegando tarde, impuso todo su apoyo al lado de Trotsky. El artículo había sido terminado el 10 de febrero. *Pravda* lo publicó al fin el 4 de marzo, pero agregando al pie como fecha de escrito el 2 de marzo.

1919, de Jacob M. Sverdlov, secretario del Comité Central. Sverdlov había sido el encargado de Lenin para la maquinaria del partido. Administrador magistral, de carácter irreprochable, era a la organización del trabajo partidario lo que Lenin en el área política (9).

Es verdad que Stalin no era muy conocido, pero cuando terminó la guerra civil era uno en el puñado de hombres más poderosos en el partido, con la jefatura de dos comisariatos (el de Nacionalidades, y la Inspección de Trabajadores y Campesinos) e integrando, con Lenin, Trotsky, Kamenev y Bukharin, el comité superior del partido, el Politburó. De los miembros de este último organismo, únicamente él se ocupó de la administración diaria del partido y actuó como enlace con el Orgburó.

El puesto de Sverdlov no estuvo a su alcance durante tres años, ya que era asignado a los comités. Pero en la primavera de 1922, un anuncio rutinario de dos modestos párrafos apareció en *Pravda*: "El Comité Central elegido por el undécimo congreso del partido comunista ruso ha confirmado como sigue a la secretaria del Comité Central: camarada Stalin (secretario general), camarada Molotov y camarada Kuibyshev". Nadie concedió mayor importancia a la noticia, pero el resultado fue que Stalin, flanqueado por dos estrechos colaboradores, se convirtió en un super-Sverdlov con poderes que su predecesor jamás conoció, y de una manera que su predecesor probablemente jamás hubiese aceptado (10).

No es posible, lógicamente, basar las interpretaciones históricas sobre la fuerza accidental, presente o ausente, de un hombre,

(9) Es difícil no adivinar lo que Lenin estaba pensando del finado Sverdlov cuando dictó el famoso agregado al testamento, proponiendo que Stalin fuera destituido y reemplazado por alguien "con más paciencia, más lealtad, más gentileza, más atento a sus camaradas, menos caprichoso, etc."
(10) Del nombramiento de Stalin escribe E. H. Carr: "Nada sugiere que haya causado alguna oposición, con la excepción de un comentario malhumorado de Preobrazhensky en el congreso, quien, hablando de Stalin por su nombre, preguntó si era 'de considerar que un hombre pudiera responder por el trabajo de dos comisariatos además del trabajo en el Politburó, el Orgburó, y media docena de comités del partido.'" (*Una Historia de la Rusia Soviética*, Vol. I, p. 213).

pero cuando tan fortuitas circunstancias coinciden con grandes presiones sociales, pueden desempeñar un rol crítico. Y no hay muchas dudas sobre el que la pobreza y desorganización de la Rusia campesina de la década del veinte, las inmensas presiones sociales operaban todas *contra* la formación de una sociedad socialista (11). La Unión Soviética sufría simultáneamente la destitución del hombre más adecuado para elevar al partido por encima de los problemas cotidianos del poder y mejor equipado para tratar de resolver los problemas de la administración de una manera armoniosa con los propósitos del socialismo, y su reemplazo por un hombre que ya se demostraba predispuesto a buscar soluciones para los problemas políticos primordialmente por medio de la mera fuerza. Esto constituía un doble golpe de enormes consecuencias.

Es apropiado, por consiguiente, que el Dr. Lewin cierre su libro con un capítulo titulado "Si Lenin hubiese vivido...". No es una especulación gratuita, por varias razones, y la más importante que mientras la Unión Soviética se encontraba en aquel tiempo en una situación *sui generis*, ahora se le han unido otros países que enfrentan fundamentalmente el mismo problema.

La conclusión de Lewin es que una dictadura leninista no hubiera necesariamente degenerado en una "dictadura personal, despótica e irracional". "Desde el punto de mira de la historia —escribe— no había nada esencialmente utópico en el propósito de Lenin de desarrollar una dictadura racional, con hombres íntegros al frente e instituciones eficientes trabajando a conciencia para llegar más allá del subdesarrollo y la dictadura". (p. 136). De esta manera el partido podía haber contado más con "métodos económicos y educativos" que con los de la "administración constreñida".

Tal proyección, hasta ese punto, parece inobjetable. En ver-

(11) Para quienes no hayan leído "Memorias de un Revolucionario", de Víctor Serge, este libro extraordinario puede ser recomendado como la más emocionante y gráfica historia asequible de las dificultades existentes durante los primeros años de la Revolución Rusa.

dad, no va lo suficientemente lejos. La destrucción del partido bolchevique (12) restó innumerables posibilidades a la Unión Soviética, y es difícil imaginarlas todas. ¿La construcción económica según un modelo más socialista? ¿Un movimiento mundial más marxista y más honesto? ¿Revolución exitosa en Europa Central —posiblemente aun en Alemania— durante las décadas del veinte y del treinta? ¿O tal vez sólo la negativa del poder para Hitler? Si se parte de las relativamente pequeñas divergencias políticas de los primeros años, grandes posibilidades se abren, de tal vastedad que uno difícilmente podría calcularlas. Es así porque en una situación de influencia universal como la que gozaba la Unión Soviética, los efectos de las decisiones pueden aumentar de año en año en proporción geométrica. De haberse frustrado el surgimiento de Hitler al poder en Alemania, por ejemplo —y otra dirección en ese país y en el comunismo internacional podían haberlo logrado— hubiera cambiado la historia de las décadas del cuarenta y del cincuenta de tal manera que se hace difícil imaginar en términos corrientes cómo hubiese sido el mundo.

En este terreno especulativo nadie puede estar seguro a ojos cerrados. Aún no conocemos los límites prácticos de la política socialista en los países subdesarrollados. Aún no sabemos con qué grado de éxito, bajo tan difíciles condiciones sociales y económicas, puede un país como la Unión Soviética industrializarse y a la vez construir un socialismo genuino. (En esto reside, precisamente, el interés inherente a los esfuerzos de China y Cuba). Pero sí sabemos que, de vivir Lenin, las alternativas que actualmente están redescubriendo los marxistas hubieran, por lo menos, sido ensayadas anteriormente.

(12) Stalin no se contentó con la asimilación de la oposición, tanto de izquierda como de derecha, encabezadas respectivamente por Trotsky y Bukharin. Se tornó contra su propia facción y, como Krushev informó al Congreso Vigésimo, ejecutó a 98 de los 139 (el 70 por ciento) del Comité Central elegido en el Decimoséptimo Congreso de 1934. A fines de la década del cuarenta y principios de la del cincuenta, nuevamente según Krushev, los pocos sobrevivientes (Molotov, Mikoyan, Voroshilov, etc.) empezaban ellos mismos a esperar su "liquidación".

IRRUPCION EN EL CAMPUS *

Las irrupciones en el Campus Universitario y la Izquierda Liberal.

Por DOUGLAS DOWD

A medida que los estudiantes son agredidos física y legalmente de manera cada vez más brutal y en número creciente, los "verdaderos" liberales y radicales de treinta y más años, a quienes llamaremos la Izquierda Liberal, se pliegan a los estudiantes de izquierda en la mayoría de las acciones. Pero el problema que ellos ven es que la Izquierda Estudiantil puede acarrear una amplia represión, suficiente como para acabar con las esperanzas incluso de reformas. Esto la Izquierda Estudiantil lo sabe muy bien, pero para los mayores sus palabras bien podrían ser como lo expresara Cleaver: "Ustedes son parte de la solución o parte del problema". Hasta la fecha la Izquierda Liberal ha sido parte del problema.

Para aquellos que estuvieron en la Izquierda Estudiantil en los años treinta, cuarenta o cincuenta, ciertos aspectos de la universidad corriente les parecen en verdad bastante atractivos y hacen difícil entender por qué los estudiantes parecen tan resueltos a irrumpir en su Campus. ¿Acaso los estudiantes en la actualidad no tienen una creciente y ya bastante considerable

* Este artículo fue escrito en respuesta a invitaciones casi simultáneas para MR y "Fellowship", órgano de la "Fellowship of Reconciliation". El autor es Profesor de Economía en la Universidad de Cornell y estuvo estrechamente vinculado a la izquierda estudiantil de Cornell durante las luchas de los últimos años.— Los Editores.

ingerencia en lo que constituye la dirección? ¿No se les escucha cada vez más en materias del plan de estudios? ¿Existe algún límite respecto a quién puede decir qué, cuándo y a quién en el campus? ¿No son más abundantes que nunca las becas y otras formas de subsidio? ¿Y (dejando de lado los reglamentos) no pueden contemplar hoy en día los graduados y estudiantes de grado un futuro material próspero? Con excepción de la situación especial de los estudiantes negros —que si no es especial le permite a este análisis incluirlos también a ellos— los "irruptores" actuales parecen ser un atado de ingratos particularmente corrompidos.

Todo esto parece bastante claro. Pero para la Izquierda Estudiantil y para muchos cientos de miles de estudiantes que merodean en torno a ella les parece como una serie de insuficientes parches. Fuera y dentro del Campus ellos ven todo el intrincado sistema, sanguinario y al acecho de un desastre irrevocable, tanto en casa como afuera. Ellos lo ven, lo saben y lo manifiestan de distintas maneras a menudo enajenantes; ellos lo saben pero no quieren admitirlo. Es fundamental tener en cuenta por lo menos dos cosas respecto a estos estudiantes: no sólo son jóvenes ellos sino lo es también su movimiento. Si se llegara a practicar el infanticidio en contra suya, los verdaderos asesinos no serían los Reagan y los Hayakawas, sino la Izquierda Liberal la que, adormecida bajo el maquillaje que oculta lo que fue desagradable en el pasado, es incapaz de reaccionar ante la malevolencia persistente y expansiva de la actualidad. Desde luego las hachas son agitadas por Reagan y su ralea; pero ellos no podrían agitarlas si la Izquierda Liberal no estuviera como hipnotizada, dudosa de si los trogloditas tengan quizás alguna razón y demasiado fácilmente convencida de que los estudiantes iniciarían la violencia contra policías bien armados.

¿Por qué el Campus convirtió el movimiento en su objetivo principal? ¿Acaso porque la universidad sea la parte vulnerable del sistema? De ninguna manera. El primer objetivo de los estudiantes desde luego fue el racismo, cuando los universitarios

negros y más tarde los blancos iniciaron los movimientos pro derechos civiles; y ésta es la parte más vulnerable del sistema. Luego vinieron los movimientos antipobreza, nuevamente con gran participación de la juventud (organizando comunidades como lo hicieron VISTA y SDS) — una parte muy débil para un país tan próspero en bienestar, tan lleno de ideales. Y luego los estudiantes trataron de atacar o alterar la política exterior, ya sea como Cuerpos de Paz o avanzadas de un movimiento antibélico. Todas esas áreas parecían vulnerables. Ellas representaban evidentes y actuales contradicciones de la política nacional norteamericana y los jóvenes fácilmente podían creer que si aquellos que contaban con el prestigio y el poder —entre los que se incluían sus padres y profesores— pudieran escuchar la verdad se arreglarían las cosas. Hasta hace poco las universidades eran para los estudiantes como una especie de sanatorios de la sociedad. Ellos no son los únicos que hoy día encuentran esto difícil de creer; pero como en otras áreas de conflicto fueron las actividades de los estudiantes, en un comienzo ridiculizadas, que hicieron el máximo por arrancarle la máscara. Su última hazaña es mostrarnos a nosotros, los blancos de clase media, algo que los negros y pobres han sabido desde siempre: la verdad sobre la policía. De acuerdo a todo esto, naturalmente la Izquierda Estudiantil ha cambiado y se ha templado.

En 1961, Tom Hayden escribió "compadecer al enemigo no es simplemente un gesto heroico sino una manifestación de nuestra más profunda ansiedad moral". En 1968 maldijo a los "cerdos" en Chicago. Los primeros miembros de la actual Izquierda Estudiantil eran pacifistas conciliadores y no muy de izquierda. Estaban furiosa o tristemente alienados. Ellos hablaban, como en Port-Huron, de "soledad, enajenación, aislamiento". Todo esto provoca grandes risotadas en un mitin del SDS hoy en día, al igual que sugerencias para un comportamiento ejemplar del tipo común en las actividades de derechos civiles. Formular ejemplos sugiere de que hay quienes se sentirán impulsados a la acción ante la vista y el eco de tales ejemplos. Los estudiantes radicales

ya no creen más en esto; ellos creen que tienen que pegarle a la mula en la nariz para que ande. Es eso lo que hacen ellos en el Campus en estos días, en parte porque están ahí y en parte porque fuera del Campus ocurren dos cosas: 1) la mula devuelve los golpes con creces, a través del Pentágono y en Chicago; y 2) el movimiento que ellos crearon se convirtió en un coqueteo electoral por aquellos a quienes empujaron a la acción. En la universidad los estudiantes se encuentran más cerca de donde las decisiones pueden ser alteradas, y hasta hace poco tuvieron alguna razón para creer que los niveles de violencia serían contenidos por los ponderados administradores de las universidades.

Estudiantes que pelearon por los problemas del racismo y de la guerra se sentían constantemente asombrados al encontrar cuán pocos de sus profesores los apoyarían de algún modo, abierto u oculto — y todo esto antes de que se usaran técnicas violentas de ninguna especie. Y descubrieron que las universidades se complacían en defender la institucionalidad. Era natural que con el tiempo la universidad se mostraría a los estudiantes tal como era: una institución producto del mismo sistema que crea y acepta el racismo, la pobreza y el imperialismo. Después que todos los hechos aducidos fueron admitidos, la universidad es una especie de resumen de la sociedad. Al igual que la sociedad en general ella participa en la búsqueda de ganancias, status y poder; y lo que hace y no hace no es más que una síntesis de cómo se conducen sus miembros y lo que buscan. Al igual que la sociedad tiene sus virtudes; pero en ambos casos, microcosmos y macrocosmos, los defectos sobrepasan las virtudes y aparecen como sintomáticos, no generados por el azar.

La universidad es el lugar donde uno ha anhelado creer que la razón, la evidencia, la persuasión y la buena voluntad son llaves para las puertas del cambio. Pero las áreas más fáciles de experimentar cambios son las de menor interés para las facultades: toque de queda y reglamentos internos —son una molestia para la facultad y tan superfluos para la universidad como lo es el apéndice vermiforme para el hombre. El problema reside en

otros asuntos —en decisiones respecto al contenido de las materias y sistemas de enseñanza, mayor énfasis en las investigaciones y las relaciones entre la universidad y la sociedad.

Todo Campus que haya experimentado una seria irrupción ha quedado comprometido desde entonces en una “reestructuración”. En lo que se refiere a este proceso resaltan dos cosas: 1) discusiones de reestructuración *siguen* a la irrupción, y 2) un cambio genuino ocurre sólo en la superficie, ateniéndose las facultades obstinadamente a los poderes que ellas consideran derecho natural. Desde luego puede haber algunas excepciones, porque uno puede creer que en este mundo variado de la enseñanza superior puede suceder cualquier cosa. Se mantiene la norma: aunque las facultades puedan tener dificultades para distinguir entre lo importante y lo trivial en la sociedad, o incluso en sus propias disquisiciones, ellas saben lo que quieren y lo que controlan. Su constante control probablemente se siga ejerciendo en nombre de las verdades eternas: libertad académica, la desenfundada búsqueda de la verdad, los derechos individuales y el desligamiento de la universidad de intereses externos o grupos de presión.

Examinemos la condición de las verdades. En la caótica universidad contemporánea apenas se ha notado que la libertad académica ha llegado a significar que la seguridad del profesor no debe ser seriamente desafiada por los estudiantes (especialmente si lo hacen de un modo violento) en materia de controversias sociales, que la búsqueda de la verdad es reprimida (digamos en las relaciones agrícolas, hoteleras, industriales y laborales, ingeniería y otras escuelas profesionales, o por contratos del gobierno) se lo admite sólo a medias (y luego por inadvertencia cuando se trata de investigaciones antissubversivas); que los derechos individuales son eminentemente meritorios cuando estos individuos forman parte o ingresan al proceso de integración al sistema; y que los intereses externos y los grupos de presión, de los que la universidad debería aislarse, son aquellos individuos y grupos faltos de poder que insisten que en una época de crisis

social la universidad ya corrupta debería prestarse a una forma diferente de corrupción —si corrupción fuera— como ser, atender las más profundas necesidades de la sociedad en vez de sus intrincados intereses.

¿Qué puede hacerse respecto al siguiente ejemplo, aquí en casa? Una de las dos renunciaciones efectivas hechas durante la reciente crisis en la Universidad de Cornell fue hecha por un profesor de ciencias sociales que se describe a sí mismo como “en el centro, inclinado hacia la izquierda”. El declaró recientemente en público que “cuando los problemas de justicia racial o social chocan con la libertad académica — entre estos dos elevados principios elegiría la libertad académica...”. Un problema aquí es que el concepto común de libertad académica es muy parecido al concepto de “sanidad fiscal” usado por los conservadores en los años treinta cuando ellos eligieron un presupuesto equilibrado antes que un financiamiento deficiente para remediar el desempleo. En ningún caso el estrecho concepto de este elevado principio es correcto o ilustrado. Esto ni siquiera examina el problema mayor, puesto que no hay necesidad de ello, de cómo elegir entre la libertad académica y la justicia social. Parecería que fueran complementarios, con excepción para aquellos que tienen exquisitos conceptos de ambos. A este respecto no está fuera de lugar señalar que en Cornell hubo muchas amenazas y acciones contra los profesores durante las últimas dos décadas, pero fueron los pocos profesores de izquierda los que se vieron afectados por ellas. Durante el período de MacCarthy, Cornell se comportó admirablemente al defender a algunos de sus miembros que fueron objeto de un trato injusto por parte de Washington. En la década pasada sin embargo, cuando el conflicto surgió una vez más, hubo por lo menos para uno de los profesores numerosas cartas de amenaza y llamados telefónicos hostiles, se le arrojaron frutas y cuescos mientras hablaba, o hubieron interrupciones semanales de un estudiante blanco que gritaba “cerdo” y se iba; y dos excelentes profesores ayudantes (de izquierda desde luego) fueron despedidos.

Aproximadamente sesenta años atrás Veblen dijo a los profesores de ciencias sociales (quienes, junto con los humanistas, formaban el bloque liberal en las universidades) que "su horizonte intelectual estaba amarrado por los mismos límites del conocimiento de los lugares comunes y prejuicios como lo son las opiniones predominantes de la clase media conservadora". Todavía lo que más admiran es la libertad de palabra y la libertad académica, y lucharon incansablemente contra el criterio de la mayoría que cree que la libertad de palabra no debe incluir el hecho de estar en contra de cualquier cosa consagrada por su largo uso. Fueron los liberales los que libraron esta batalla y fue una batalla dura; y por esta razón, si no por otra, ellos se enfrentan a una imponente dificultad para comprender por qué los estudiantes eligen la acción por sobre la palabra. La facultad liberal es para la Izquierda Estudiantil lo que Roy Wilkins es para Eldridge Cleaver.

Para los intentos de los estudiantes de lograr un cambio, la combinación de los criterios de las facultades liberales y conservadoras hizo que las vías fueran empinadas y tortuosas. Y cuando después de largas sesiones de razonamiento y charla y marcha pacífica nada cambió, los estudiantes se volcaron hacia la irrupción, la facultad *entera* cedió a toda prisa en materia de reglamentos —aunque con distintos grados de entusiasmo y recelo.

Todo esto, y más aún lo que no se dijo, viene a confirmar que el liberalismo en el Campus, al igual que el liberalismo en la sociedad en general, no sirve para aportar cambios sustanciales. No hay que olvidar que la izquierda norteamericana de la generación anterior se apoyaba casi exclusivamente en las instituciones y perspectivas del liberalismo para procurar los cambios que buscaba. ¿No es acaso ahora evidente que el grado hasta el cual los liberales y radicales más antiguos avanzaron en sus diversos frentes sirvió para permitirle al sistema básico sobrevivir con acrecentada dignidad en la arena retórica? En la verdadera arena ligeros avances de integración se combinan con aumentos sustanciales de la brutalidad policial contra los negros en las ciudades;

el poder económico nacional se concentra cada vez más y se mezcla fácilmente con las Nuevas Economías; y afuera un programa de ayuda exterior disfrazado de liberal encubre un trust imperialista cada vez más duro y más expandido. La Izquierda Liberal de antaño, y no todo en ella es antaño, sirve finalmente como tábano útil para un sistema en el cual los valores operacionales y la élite que decide sigue siendo prerrogativa de aquellos que hacen política conservadora y reaccionaria.

La Izquierda Estudiantil ve todo esto no sólo con horror y furia, sino con la decisión de que hay poco que perder en los riesgos personales y sociales que acompañan las actividades irruptivas. No presta ninguna utilidad señalar suspensiones, expulsiones, multas o sentencias de cárcel, porque todo esto les indica a los estudiantes que están empeñados en una labor seria. Ni tampoco es de mayor utilidad señalar la potencial expansión de la represión, por siniestra que esta perspectiva pueda parecer. A esto los estudiantes contestan muy justificadamente que lo que vemos ahora es la mera superficie de lo que siempre estuvo ahí, la pus exprimida de un cuerpo infectado, y que la razón de su actual aparición es que finalmente existe una presión, un motivo de disputa. Sin la disputa no hay problema; son únicamente la persistencia del racismo, la pobreza, el imperialismo y las raíces capitalistas que alimentan este desarrollo. La Izquierda Estudiantil sabe que el "azote" tendría poco campo de acción si la Izquierda Liberal hubiese invadido el área donde ocurren las luchas —en vez de deplorar los análisis, el estilo y las tácticas de los combatientes.

La Izquierda Estudiantil también leyó y escuchó hablar del MacCarthismo y sabe cuán despreciablemente se comportaron entonces la Izquierda Liberal y las universidades, y sólo puede preguntarse qué hicieron entonces los que ahora mueven su cabeza y sus manos negativamente, cuando lo que fue atacado no fue la irrupción sino la mera libertad de palabra, de asamblea y de asociación. En resumidas cuentas, sus mayores no hicieron mucho para inspirar respeto a los estudiantes actuales. Cabe

mencionar que los estudiantes demuestran a las claras que ellos querrían que esto no fuera así. Ellos no le entregarán su confianza a nadie sólo por el hecho de ser mayor, pero consistentemente demuestran que en aquellas escasas ocasiones cuando personas mayores trabajaban con ellos —a diferencia de decirles lo que debían hacer— ellos reciben con beneplácito su cooperación.

Cuando estas personas mayores son profesores en su propia universidad, ¿qué es lo que ven y escuchan los estudiantes? Muchas cosas, desde luego; pero lo más relevante tiene que ver con la respuesta a los medios *pacíficos* por parte de la facultad. *Item:* Dejad que los estudiantes organicen un encuentro abierto, que enseñen o discutan un problema importante y de controversia (y complejo). Nunca asiste más que un puñado, y eso de representantes de la facultad. ¿Es porque la facultad sabe todo lo que hay que saber acerca del problema? No si el problema tiene que ver con materias tales como raza, guerra, pobreza, los bloques militar-industriales, Biafra, Cuba, China, Perú. Pero no asisten, prefiriendo en cambio permanecer en su ignorancia no comprometida. *Item:* Dejad que los estudiantes organicen un piquete pacífico contra el reclutamiento de la Marina, o en pro de mejores viviendas, o en contra de las inversiones Sudafricanas de su universidad. ¿Se unen los profesores a las filas del piquete? Formular la pregunta es contestarla, con raras excepciones. Y lo mismo sucede con las peticiones, o cualesquiera sean los otros medios pacíficos de protesta que se puedan nombrar. Y lo que es efectivo respecto a la facultad lo es igualmente respecto a los estudiantes “moderados”. Tales facultativos y estudiantes aparecen en los mitines *después* de una irrupción, cuando emergen dos tendencias principales: 1) ley y orden y 2) medios para llevar a los estudiantes moderados a la acción. Esta última, al menos en mi propia universidad, significó la formación de estudiantes para una Alternativa Democrática cuya “acción” hasta ahora consistió en redactar panfletos contra las tácticas de la SDS y urgiendo a los estudiantes a mantenerse alejados de los encuentros de la SDS. (Sin embargo, cabe señalar que en Cornell durante la crisis

por la ocupación negra de la unión estudiantil), fue finalmente un mitin convocado por la SDS que llevó a 6.000 estudiantes a declarar que secuestraron un edificio hasta que la facultad anuló las penas decretadas sin un proceso regular. La mayoría del grupo opinó que la fuerza, y fue fuerza, no sería acompañada por la violencia en ninguna parte. Pero cuando la crisis subsistió, los miles volvieron a sus pretensiones más convencionales).

No, no hay alternativa para la irrupción —si un cambio es lo que se necesita y se desea. No son los estudiantes irruptores los que deben cambiar sus métodos, sino los que creen que el cambio social se logra mediante la circulación de conversaciones de cocktail y de almuerzo, discursos y lecturas. Cualquier otra cosa que signifique y requiera el cambio social, es un cambio en las relaciones de poder. Facultades, administraciones, trusts —al igual que hombres de negocio y generales— no entregan su poder. Pueden renunciar a él pacíficamente cuando las cifras y los puntos son tales que ellos encuentran que esto es una elección menos repugnante que la lucha. Y pueden renunciar a él después de la lucha. Nunca lo entregan.

Quedan dos puntos que deben ser explorados más a fondo: 1) ¿Cuál es el efectivo centro de poder en la universidad? y 2) ¿Qué puede y debe hacerse para que la tendencia corriente después de la represión no oriente su curso sangriento hacia un fascismo estilo norteamericano?

En relación al primer punto cabe observar que las facultades han resultado ser los culpables más frecuentes en lo que ya se ha dicho. Esto no es accidental. Dígase lo que se diga sobre el poder de los trusts y administraciones, ninguna universidad que se respeta puede funcionar si va en contra de la voluntad de sus facultades, tal como las cosas se presentan ahora. Somos, desde luego, una aristocracia privilegiada, ya sea que la medida se refiera a entradas, status, prestigio, o poder. C. Wright Mills dio en el blanco cuando describió la estructura y el funcionamiento de las universidades en terminología feudalista: condes, duques, barones, caballeros, alguaciles —y paisanos libres y no libres.

Los feudos que gobernamos tienen mucho de tierra no cultivada, muchos de sus productos son delicias para el paladar de otras feudalidades y los campesinos en todas partes padecen hambre —de pan real e intelectual.

Para los estudiantes, y no precisamente los de la izquierda, la facultad es una colección de lejanos barones feudales, en su mayoría; y el recurso para la Izquierda Estudiantil es la "jaquerie" (rebelión campesina). Pronto llegarán a las revueltas campesinas; pero éstas serán aniquiladas, a no ser...

¿A no ser qué? Los de la derecha se encargarán de aniquilarlos de hecho. De modo que la cuestión es si y cuando los de la Izquierda Liberal se liberen de ilusiones respecto a dónde está esta sociedad, qué puede lograr el liberalismo de lo que es necesario y aceptable. "Ya no hay más posiciones intermedias, porque el problema es candente", dice Cleaver. "El problema es un problema de supervivencia, de sangre, de los latidos de vuestro corazón, de que los corazones de la gente sigan latiendo. Ustedes están enfrentados a ello, así como la gente en la Alemania nazi estuvo enfrentada a ello..."

Para formar parte de la solución hay que hacer varias cosas. Antes que todo, reconocer que esta sociedad avanza inexorablemente hacia conclusiones finales y suicidas porque sus resortes de poder están en manos de aquellos que en el mejor de los casos desean manejar el statu quo, y en el peor seguir empujándolo hacia el fango. Segundo, hay que saber que no constituye una crítica de la libertad de palabra y de asamblea y de la libertad académica decir que *ellos mismos* ya no pueden servir para cambiar una sociedad que necesita desesperadamente un cambio; y que *ellos mismos* por lo tanto se convierten en una cubierta respetable para el statu quo. Necesarios, lo son; suficientes, no lo son.

Tercero, hay que reconocer que el grado hasta donde los "locos" y los nihilistas —y hay un poco de ambos— de la Izquierda Estudiantil hacen las cosas a su manera no guarda proporción con el grado hasta donde los estudiantes serios y promisorios de la izquierda pierden su efectividad, así como los métodos serios

pierden su promesa. Por consiguiente, cuarto, la tarea de la Izquierda Liberal dentro y fuera del Campus es hallar y crear las muchas maneras de unirse a la lucha de los estudiantes, de liberarse a sí mismo, dejar de preocuparse de detalles y minucias, y tácticas y compromisos con los problemas.

Por un largo tiempo las irrupciones estudiantiles van y deben continuar, y cuando cesen será por una de dos razones: habrán sido brutalmente sofocadas, o habrán abierto una brecha en el otro lado, donde el cambio puede tener lugar en una variación del sistema de relaciones, con criterios diferentes. ¿Cuál de las dos ocurrirá? Depende de nosotros. Los estudiantes tienen razón, están decididos, su número aumenta, y si ganan aliados, las inclinaciones naturales (y la evidente superioridad en armas) de los de la derecha para aniquilarlos serán frustradas. Aquí es necesario hacer entrar a los negros en escena. Los estudiantes negros identifican ahora sus luchas con la población negra de las ciudades y del campo. Lo que les ocurre a los negros dentro y fuera del Campus tiende ahora a sucederles a ambos. Los estudiantes negros tienen sus aliados negros y la represión de los negros en cualquier parte acaso sea el camino más seguro para unir a todos los negros. Las luchas en los Campus también tienden a llevar a los estudiantes negros y blancos a una relación nueva y difícil entre ellos, a medida de que su enemigo común pasa por encima de sus propias diferencias. Ellos avanzarán en conjunto; o habrá que vencerlos en conjunto. Y esto puede que no sea tan fácil como parece.

En Berkeley y en el Sur se usaron armas contra los estudiantes y las volverán a usar. La violencia de parte de las autoridades aumenta, y lo mismo las sentencias de cárcel. Hasta ahora sólo un pequeño número de la Izquierda Liberal ha reaccionado contra la creciente represión. Pero los estudiantes no comprometidos reaccionan contra ésta mediante el aumento del número de los comprometidos. Cada acto de violencia oficial aumenta la necesidad de una escala creciente y de un peor tipo de violencia. De modo que lo que tenemos ya es una epidemia de fascismo

local, con bases. Muchos temen un fascismo nacional y a una victoria de la derecha. Esto no sucederá si los más antiguos de la Izquierda Liberal se cuadran y actúan en apoyo de los estudiantes.

La Izquierda Estudiantil es muy joven, y eso no hay que olvidarlo, ya sea tratándose de sus miembros o de su historia. Más o menos lo mismo puede decirse del movimiento en pro de la liberación de los negros. En un período muy breve han explorado un largo camino de lucha en contra de los cimientos del sistema; Por lo tanto no es de asombrarse que la reacción sea cada vez más fiera. Lo que no sólo es sorprendente sino más bien chocante es que haya tantos mirones que contemplan la violencia ejercida contra aquellos que están comprometidos e implicados. Para aquellos de la Izquierda Liberal que piensan seguir como mirones es necesario, desde luego, encontrar razones para ello —tales como, “estos niños son nihilistas” o “no tienen un análisis o un programa”, o “los negros son antisemitas”, o... cualquier cosa.

Cualquiera que haya trabajado cerca de la SDS puede elaborar incluso listas más largas de sus defectos. Pero en esta sociedad, ¿hay algún defecto que sea más grave que el no compromiso? ¿Y cuántos de estos defectos podrían desaparecer si otros se unen a la lucha? Muchos de la Izquierda Liberal por supuesto se preguntan si la lucha de los estudiantes es por una buena causa, porque todo lo que saben son las tácticas y retóricas retratadas por las circunstancias, o los apasionados argumentos que ellos han tenido con sus propios hijos. En la Izquierda Estudiantil el caos es rey, pero todos ellos tienden al socialismo en una u otra forma. Su problema actual es la lucha contra la represión, aunque su propósito sea crear una sociedad socialista internacional, y ellos ven la necesidad de desarrollar un explícito análisis y programa socialistas.

En su breve historia, los estudiantes evolucionaron desde la creencia ingenua que las cosas cambiarían mediante la persuasión no violenta al grave y alarmante reconocimiento de que ellos

luchan contra un sistema que por ahora está preparado para usar cualquier medio para defenderse. El límite y el éxito de los medios usados será fijado por cuantos y quienes se unan a la lucha. No hay otra manera de salvar nuestra juventud o nuestra sociedad sino unirse a la lucha por cambiarla, sabiendo que hay peligro, también, que hay peligro en la inactividad. Volvemos a Cleaver: “Hay un punto donde termina la cautela y comienza la cobardía”.

Pero la cobardía es un problema personal, empequeñecido en su significado por los que se sacrifican ciegamente a las tendencias sociales corrientes. La Izquierda Liberal debe afrontar las rígidas probabilidades a las que nos vemos enfrentados ahora. Hay algo que me es tan claro como lo es abrasivo para mis compañeros estudiantes: la Izquierda Estudiantil sólo sirve de filo para el cambio social. Faltando aliados fuera de sus filas, los caminos y direcciones que tomará tienen poco de promisorio y mucho de amenaza final. Este filo hasta ahora ha arrasado con muchos residuos de ilusión y complacencia, y no tengo sino admiración por aquellos que la han guiado de esta manera. Pero tiene que haber una cuña de poder y de consecuencia moral; tiene que conciliar al resto de nosotros, y debe trazar procedimientos de acción que puedan unirse a lo que es mejor y más promisorio en la Izquierda Estudiantil para conducirnos hacia una nueva sociedad.

Si fallan nuestros esfuerzos activos, creadores y comprometidos, la Izquierda Estudiantil se destruirá; será reprimida; y, en estos procesos, una vez más terminará la esperanza —para nosotros y para los que son oprimidos en nuestro nombre. La culpa yacerá, no en los estudiantes, ni en nuestras estrellas, sino donde yace siempre —en el seno de los que tienen el poder para actuar, pero no lo hacen.

Correspondencia

ANARQUISMO Y SOCIALISMO

En un por lo demás excelente artículo escrito por el fallecido Christopher Caudwell, "Pacifismo y Violencia" (MR, julio 1969), se condena indirecta y superficialmente el anarquismo. Anarquismo antes que todo, no es un retorno a la "jungla", un retorno al desenfreno individualista, en el que cada hombre hace lo que le dá la gana. La doctrina del anarquismo es más democrática y humana que esto. Es, en verdad, directamente opuesta a este estilo de vida egotista. El egotismo no se relaciona con el anarquismo. Es el altruismo lo que constituye el núcleo central de sus preceptos.

La base filosófica del anarquismo es su idealismo, su fe en que el hombre es bueno en esencia. Una doctrina de este alcance es diametralmente opuesta a las filosofías conservadoras que basan sus premisas en la maldad innata de la especie humana. Hobbes es la antítesis del anarquismo. Rousseau es su cabecera. La sociedad nada tiene que temer del anarquismo, pero sí el gobierno. Hobbes creyó que los gobiernos eran necesarios para refrenar los apetitos bestiales del hombre. Sin embargo, no es el hombre *en sí* el que es una bestia, sino el estado; o como lo expresara el propio Hobbes, el estado es el Behemoth, el monstruo que corre el amok. El terror individual jamás puede ser comparado realmente con el terror organizado del estado. El estado es una entidad artificial creada para servir los intereses de una minoría de hombres. Porque a causa de su autocentrismo, el estado en cualquier período de la historia, capitalista o socialista, se opone a la universalidad. Se opone a valores que trasciendan los márgenes estrechos y locales de su propia existencia física. El anar-

quismo es universal en su llamado, porque su función es liberar al hombre de la opresión física y psicológica. No es únicamente político, es más bien un estilo de vida, una vida en la cual no hay amos ni esclavos, ni existe la explotación del hombre por el hombre.

Todo esto parece ligeramente utópico. Pero en un mundo donde lo utópico ha llegado a ser universalmente estigmatizado, sigue siendo necesario. ¿Qué meta, después de todo, persigue el socialismo? Mirado bajo esta luz, ¿cuál es la visión de los ideales de la burguesía norteamericana, sino utópica? Ninguna sociedad puede existir sin una meta, sin una realización. La fase final del socialismo es la "extinción del estado". ¿Qué es anarquismo si esto no lo es? Marx no predijo qué vendría después de la fase final, porque la fase final fue la liberación "total" del hombre de la "opresión". La fase final de la meta-historia de Marx fue el conocimiento de la conciencia total; y el hombre totalmente consciente es el único hombre libre. En esta fase final anarquista el hombre será capaz de llegar a ser verdaderamente él mismo y verdaderamente "otro". Pero sea lo que sea lo que venga, será su propia creación. Los socialistas, como anarquistas inherentes (de otro modo no son socialistas), sólo pueden intentar dirigir al hombre hacia la conciencia total, exponiendo sus sistemas sociales existentes y su mitología concomitante (religión, anticomunismo, *ad infinitum*).

Porque el hombre no es totalmente consciente, el anarquismo, por ahora no es factible. Esta condición no está ligada a ninguna maldad "inherente" del hombre. La actual disposición de las estructuras sociales hace sumamente difícil al hombre de inteligencia media o incluso más que media penetrar los mitos del capitalismo o de cualquier otro sistema autoritario y explotador. Por lo tanto, como ya se ha planteado, la función del socialismo es preparar el camino para el anarquismo, para la extinción del estado. El arma mayor del socialismo es la verdad. Su segunda gran arma es el coraje de enfrentar la opresión y combatirla en

un nivel físico. Porque ellos se enfrentan a un antagonista despiadado, los socialistas no pueden ser pacifistas. Hay épocas cuando ellos deben estar dispuestos a luchar al lado de la derecha, como lo hicieron muchos durante la guerra civil española y como lo hacen algunos ahora en defensa de la liberación del negro.

El punto que quiero enfatizar es este: capitalistas tanto como socialistas relegan al anarquista al nivel del darwinismo social. En un contexto filosófico, el socialismo ha sido cooptado por una ideología capitalista. El socialismo se ha tragado el lema capitalista de "ley y orden" y ha llegado a creer que el anarquismo es una regresión al estado natural, tal como lo expuso Thomas Hobbes. En verdad, y de acuerdo con la propia interpretación de Marx, es el capitalismo y no el anarquismo el que significa un retorno a la jungla. Efectivamente, el darwinismo social se convirtió en la justificación ideológica del capitalismo incipiente. Desde luego que hoy en día todo es más sofisticado. No obstante, la realidad es la misma. El capitalismo, como el león, sigue siendo el rey de la selva. ¿Y qué podría ser más nihilista que la "pequeña" guerra de los Estados Unidos contra los vietnamitas? ¿Y qué podría ser más contrario a "ley y orden" que el racismo estructural de la sociedad norteamericana? El anarquismo, la verdadera meta del socialismo, es la refutación del atavismo de la sociedad capitalista o de cualquier otro sistema social explotador.

Si el socialismo vuelve la espalda a su meta final, se convertirá nada menos que en aquello contra lo cual lucha, una burocracia cabal cuya única función es mantener su posición de poder frente al pueblo. El anarquismo es el producto final del socialismo. El anarquismo es el amanecer de una nueva historia, una historia creada y formada por un hombre nuevo, un hombre totalmente consciente y, por lo tanto, totalmente libre.

Bruce R. McSheehy

Worcester, Mass.
Junio 1969.

(De la contratapa anterior)

El artículo de Stanley Moore se inspiró en los editoriales publicados por MR sobre Checoslovaquia, pero sobrepasando este tema aborda aspectos básicos de la teoría marxista. Como dicen los editores norteamericanos: "nos parece que Stanley Moore demuestra en forma más o menos irrefutable que el **maoísmo**, usando esa expresión en su sentido más amplio (que en el contexto del artículo incluiría al **castrismo**) es el representante auténtico del marxismo de hoy en día, y que la alternativa a reconocer este hecho es rechazar lo que el profesor Moore denomina elementos "utópicos" en el pensamiento de Marx, por ejemplo toda la teoría de la transición de una etapa inferior a una etapa superior del comunismo (o en los términos de Lenin, desde el socialismo al comunismo). Dudamos que los oponentes del maoísmo, en el movimiento mundial comunista, aplaudan que se ponga de relieve, en forma tan descortés, lo que lógicamente se desprende de su posición al respecto".

Como ya es costumbre en nuestra revista, el próximo número de enero - febrero de 1970 será doble y dedicado a un trabajo de mayor envergadura. Hemos seleccionado con la autorización de su autor y de los editores de MR el libro de James Petras "Politics and Social Forces in Chilean Development" que fuera publicado en inglés a mediados de este año por la University of California Press. Es claro que por su extensión no podremos publicar el libro completo debiendo limitarnos a traducir aquellos capítulos más importantes y novedosos para los lectores latinoamericanos. Hemos creído que estando en pleno desarrollo un período electoral en Chile, MR debe publicar un nuevo trabajo, dedicado a nuestro país y que contribuya a aclarar los múltiples problemas ideológicos y prácticos que enfrentan las fuerzas de izquierda. Estamos especialmente satisfechos por el éxito que hace dos años tuvo el trabajo de André G. Frank sobre Chile que se encuentra totalmente agotado y del cual, para responder las numerosas solicitudes de lectores, se ha iniciado una reimpresión. Esperamos muy pronto ponerla a vuestra disposición.

No podemos terminar estas notas sin desear a nuestros lectores y amigos de Chile y Latinoamérica un muy feliz año 1970 que esperamos signifique un continuo ascenso para las luchas revolucionarias del mundo entero.

LECTOR...

Si Ud. está de acuerdo con que estas Selecciones en Castellano de MONTHLY REVIEW, satisfacen una real necesidad, comprenderá que es de suma importancia lograr el máximo posible de nuevos lectores. Es por ello que para continuar con éxito nuestra tarea, nos resulta imprescindible contar con su efectivo apoyo y cooperación.

UD. ES NUESTRO SUSCRIPTOR, ENTONCES PUEDE

Sugerir a sus amigos y conocidos que se suscriban.
Hacer una contribución económica.
Renovar oportunamente su suscripción.

SI UD. NO SE HA SUSCRITO AUN:

Hágalo a partir del número septuagésimo.
Recuerde que todo lo que necesitamos es su nombre, dirección y el valor de una suscripción.

EL PRECIO ES DE:

EN CHILE

Un año (12 números)	E° 60.—
Seis meses (6 números)	E° 40.—

EXTERIOR

Vía Simple

Anual (12 números)	US\$ 6.—
--------------------------	----------

Vía Aérea

Anual América	US\$ 10.—
Anual, Europa, Asia y Africa	US\$ 15.—

DIRÍJASE A:

EDITORIAL M. R. — CASILLA 5437 — SANTIAGO

Ejemplar: E° 4.—